



P. Aretino

COLOQUIO DE LAS DAMAS

Lectulandia

Coloquio de las damas, del famoso y gran demostrador de vicios y virtudes, Pedro Aretino, en el cual se descubren las falsedades, tratos, engaños y hechicerías que usan las mujeres enamoradas para engañar a los simples y aun a los más avisados hombres que de ellas se enamoran.

El *Coloquio de las damas*, con traducción de Fernán Xuárez, vio la luz por primera vez en Sevilla en 1547. Se trataba de una libre traducción del tercer diálogo de *Las seis jornadas o Raggionamenti* de Pietro Aretino y, pese al intento de presentarla como aviso moral por parte de su autor, fue rápidamente incluida en el Índice inquisitorial (1559). Sin embargo, el texto debió de gozar de bastante éxito, ya que en solo dos años se atestiguan cuatro ediciones y en 1607 aparece una nueva reimpresión de la obra, sin contar con la evidente huella del texto en algunos autores del XVI y XVII. La mayoría de los cambios introducidos por Xuárez tienen por objeto eliminar algunas de las referencias y pasajes más obscenos, aunque con ello se pierda en muchos casos parte de la comicidad original del italiano.

Sin embargo, el *Coloquio de las damas* será fuente utilizada posteriormente para traducciones al francés y alemán (la versión alemana es tomada como base, a su vez, para la inglesa), lo que corrobora el éxito y la transmisión que alcanzó incluso después de su prohibición.

Lectulandia

Pietro De Aretino

Coloquio de las damas

ePub r1.0

Titivillus 22.12.17

Título original: *Coloquio de damas*
Pietro De Aretino, 1547
Traducción: Fernán Xuarez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EL INTÉRPRETE DE ESTA OBRA

AL LECTOR



BIEN creo, amado lector, que será menester dar a entender qué causas me movieron, no sólo a traducir en nuestra lengua este diálogo, sino también habello encomendado a la imprenta y divulgallo tan en público. Porque parece cosa más para, como dicen, echarle tierra, y no sacar a plaza tan abominable cieno corrompedor de toda salud de la casta limpieza, que no para traello en las manos como provechoso, mayormente divulgando tantos casos de malicia, de traiciones, de engaños y de torpezas feas, los cuales como desde nuestra niñez están nuestros sentidos inclinados al mal, más ayuna se tomarán por trata para sacar otros que por aviso para aborrecer y huir los semejantes. Y también parece cosa recia que, no habiendo cosa de que sea más costosa la jactura y pérdida que la del tiempo, pues nunca se puede recuperar por su curso tan empuesta que nunca toma a las manos la ocasión que una vez se sale dellas... Y que siendo esto así se haga tan manifiesta jactura y pérdida del, perdiendo en leer estos que parecen ejemplos feos, y no solamente no útiles, pero tan peligrosos, si se leen para imitarlos, en el cual tiempo se podrán leer cosas de tanta doctrina, de reprehensión de los vicios, de loor y muestra de las virtudes, de reglas é avisos para acertar a pasar este destierro conforme a la voluntad del Señor, que nos quiere y procura sacar del, y aposentarnos en la tierra de nuestro descanso. Con razón digo será menester apercebir este mi propósito de escudo y de armas, para que antes que él se lea, se lean y conozcan las causas legítimas, honestas y provechosas que a ello no sólo me movieron, pero casi no compeliaron y forzaron. Si yo quisiese agora pasarme de espacio a deplorar el corrompimiento tan grande y desenfrenamiento tan desvergonzado, y torpeza tan bestial de nuestros tiempos, no solamente en la sana juventud, sino que en la arrugada vejez se tiñen las canas, se enjeren en la boca dientes postizos, se remoja en los trajes el que está decrepito con las rugas y reuma, sería nunca acabar. Basta, que otra vez se dirá. Agora toda la carne ha corrompido su camino, y así otra vez ha traído nuestro Dios sobre la tierra otro diluvio, no de agua donde se abrieron las fuentes y abismos de la tierra y las cataratas de los cielos, sino la plaga y dolencia no sabida de los antiguos, ni escrita por los médicos, la cual cada nación la echa a los extraños. El francés la llama dolencia española, el español la llama dolencia francesa, otros la llaman mal de las Indias. Porque así como echamos siempre la culpa de nuestra culpa a otros, Adán a Eva, Eva a la serpiente, así echamos el azote del pecado a culpa de otros. Pero a la verdad, como el pecado está en todos, así esta cruel enfermedad y diluvio de la divina justicia ha sido universalmente en todos, porque así como la carne inventa nuevas maneras de pecar, la divina justicia inventa nuevos

azotes para la afligir y castigar. Pues viendo yo este mal aventurado y hidiondo corrompimiento, y aunque azotado nunca corregido, para que pueda decir otra vez Dios: ¿Para qué os tengo que azotar, pues, siempre añadís el pecar? Y conociendo asimismo que entre las plagas que este vicio en nuestros tiempos ha inventado ha sido que ha turbado así el juicio de todos; que lo que antes solía ser causa de apartarse un hombre de una mujer, era verlo hacer por otro, y agora esto hace darle más y servilla más, perderse por ello y más pensando los tristes quedar con pujas con la renta como si fuese almojarifadgo. Así iremos tantos mancebos en dos meses gastar lo que sus padres ganaron en cincuenta años, y que cuando llevaron a su padre a la sepultura eran ricos, y que cuando hubieron de hacer al cabo de año fue el cabo de la hacienda y de la honra. Otros, tomados, como dicen, entre puertas, feridos a cuchilladas y rescatada la vida por dineros, como si fuesen remeros de Barbarroja. Agora verán en este libro como no es el camino éste para escapar de sus lazos; pues verán sus engaños, sus mentiras, sus disimulaciones, su fingida muestra de amor, sus lágrimas sacadas de los ojos, como si las tuviesen en la bolsa, su halagar hasta tresquilar toda la fuerza a Sansón, y después dejallo en los Filisteos. É aun al tiempo de tresquilar con una mano le están halagando, y con veinte le están escarneciendo. Esta manera de avisar a la juventud no es nueva ni tiene pequeña autoridad, pues la Divina Escritura la usa y se aprovecha della. É así dice Salomón: Panal de miel trae en los labios la mujer desvergonzada, y su garganta más blanda que el aceite, pero lo que acaba es más amargo que la acíbar, y su lengua corta más que cuchillo de dos filos; sus pasos van encaminados a la muerte y sus pisadas descienden a los infiernos. Ved cómo avisa la Divina Escritura a los que engañan y descuidan la juventud; que las palabras de las semejantes y aunque parecen dulces como miel, y blandas y halagüeñas como aceite, que al fin es todo postema y hiel, y camino cierto para la muerte. Así otra vez escribe sus cautelas y engaños más manifiestamente, y dice Salomón: De mi ventana a prima noche oí un mancebo sin consejo paseándose por la plaza, par de la puerta de una mundana; y luego sale a él una mujer vestida como profana dispuesta para engañar las almas, parlera, andariega, sin que pueda parar ni estar encerrada en casa, agora en la plaza, agora en la puerta, siempre usando de insidias, y abraza a aquel mancebo, y bésalo, y con cara desvergonzada le habló y le dijo: salí a cumplir un sacrificio que debía por mi salud; hoy he cumplido mi voto, y después de cumplido salí por encontrarme contigo; que tenía mucho deseo de verte, y he te hallado; tengo mi cama muy ataviada y colgada de tapicerías traídas de Egipto; tengo mi aposento sahumado, oliendo a mirra y canela y otros olores; anda, ca démonos al amor, y gocemos de los abrazijos que tanto deseo toda esta noche. No está mi marido en su casa; fuese camino muy lejos; llevo la bolsa llena de dineros; no vendrá hasta en fin de mes. Con estas palabras lo enlazo, y con los halagos de sus labios lo atrajo, y luego se fue en pos de ella como buey llevado para sacrificio, y como cordero ignorante que no sabe que lo llevan para atedio hasta que la saeta le traspase el corazón.

Bien creo que he dado a entender con este descubrir los engaños de las semejantes que aquí se descubren; es autorizado en la escritura todo para desviar la ciega juventud de semejantes peligros, y, por tanto, les amonesta con tanta vehemencia que huyan, no solamente los peligros, sino las ocasiones. Y así dice: Entre mil hombres hallé uno, entre las mujeres no hallé ninguna. No porque no haya muchas santas, prudentes, honestas y de recaudo y virtuosas; pero por apartar a los hombres de este peligro que aquí tratamos, para que no solamente huyan del peligro, sino de la ocasión, les dicen que se recaten de todas. Esto es lo que yo aquí he pretendido avisar a los hombres de los engaños dellas; que abran los ojos para que, cuando se sientan más halagados, entonces miren más por el riesgo que corre su alma, y el peligro que lleva su honra. Y cuando entre la cruz y el agua bendita trae la vida y como no loan por más que por consumille toda la hacienda,

Y si de aquí nuestra mala inclinación tomare ocasión para pecar, eso no es culpa de esta obra, sino de nuestra mala condición, la cual, como estómago muy corrompido, la medicina que se le da para su salud la convierte en malos humores; pero no por eso se le ha de dejar de dar, porque el arte hace lo que en sí es, y ansí yo hago lo que es en mí. Dios, nuestro Señor, le puede dar el suceso conforme a su misericordia. Cuanto más que como aquí se traten los engaños de las malas, y yo lo escribo para que lo lean los hombres y no las mujeres: para ellos está aquí el aviso; ellas no lo tomarán; pues no leen aquí ningún mal ejemplo, y por esto no será tiempo mal gastado leer estos avisos, pues aunque van de este color, van encaminados para sus provechos, porque si a esos mancebos con quien hablo les convidase con un tratado del título que les pareciere, ó Vía de espíritu, ó subida del Monte Sión, ó Doctrina Cristiana, a la hora la echarían de las manos como cosa impertinente a lo que profesan.

Dejadme, pues, en esta triaca ó confesión que hago poner este color de ponzoña, porque ansí venga a sus manos y la lean, y vean con sus ojos, y dentro hallen debajo desta golosina la salud y el aviso que yo pretendo.

Dicho he a cuanto creo mi propósito; paréceme que va encaminado a buen fin. El Señor, que sólo puede sanar corazones y alumbrar almas, como luz que alumbra en tinieblas, él haga de manera que todos saquen de aquí el consejo que va encubierto y escupan y denuesten la corteza de carne en que va encubierto. Y si de mi intención provecho hubiere, sea para su Majestad la gloria como suya, y a quien solamente se debe. Y a quien pareciese muy fuera de este fin, que ha llegado a razón este coloquio, le suplico me perdone, que yo hice lo que pude, y si más pudiera más hiciera. Por tanto, como dádiva de hombre pobre de ingenio y erudición, cualquiera cosa es razón que se estime en algo, hasta que Dios, nuestro Señor, me dé más para que yo pueda dar más.



ES LA DVDA;

SI ES PECADO LEER LIBROS DE HISTORIAS
PROFANAS; COMO LOS LIBROS DE
AMADIS Y DE DON TRISTÁN
Y COMO ESTE
COLOQVIO.



ESPONDO y digo que para inteligencia de la verdad que en esta materia se ha de tener, se ha de notar lo siguiente. Que las obras que del hombre proceden, en las cuales el hombre tiene libertad de hacerlas ó dejarlas de hacer, que se llaman obras humanas, son en tres diferencias: como son de suyo buenas, como es amar a Dios, alabarle, contemplarle; otras hay de suyo malas, como es blasfemar, idolatrar, mentir, y otras indiferentes, como pasearse por la calle, ir al campo. Lo segundo, que estas tres diferencias de cosas, tienen también diferentes condiciones en esto, que las que de suyo son malas, por ningún buen fin ó buena intención, se tornan buenas. Y así, aunque el hombre diga la menor mentira del mundo, por salvar la vida de un hombre, no por eso se escuda de pecado, aunque no siempre es pecado mortal, si no fuese en notable de servicio de Dios ó negando al juez lo que es obligado a declarar, ó en notable perjuicio de sí propio ó del prójimo. En esto no me alargó, porque lo pongo sólo por ejemplo. Pero las que son de suyo buenas pueden ser malas por el mal fin ó mala intención con que se hacen, como si uno rezase por vanagloria; el tal rezar sería malo por razón de la mala intención. Las obras indiferentes sólo son buenas ó malas, según el fin porque se hacen; y así si uno se pasea por la calle por ver ó codiciar mujeres, será pecado; pero si está enfermo y le dice el médico que para ejercicio y quitar fastidio se pasee, porque le ayudará para su salud, es buena obra. También si uno va al campo para matarse con otro, será pecado, si va para contemplar y rezar, y alabar a Dios, viendo las hierbas y flores y aires, será mérito.

Digo, pues, volviendo a la duda que leer en tales libros como los arriba dichos, de suyo no es pecado, ni de suyo es bien, sino indiferente. Y así digo que puede ser pecado mortal, y pecado venial y mérito. Declaróme: si uno leyere los tales para tomar de allí dichos ó sentencias para usar dellas, provocando a mujeres a mal, será pecado mortal. Y también lo será si los lee por holgarse en considerar cosas que allí se cuentan que son contra el sexto mandamiento, cuando se huelga de estar pensando y considerando los tales actos; pero si se huelga de leer unos dichos no por el mal donde van a parar, sino todo por la sotileza y viveza de ingenio con que se dicen, no

será pecado mortal. Y si por leer los tales libros dejase de hacer cosa en que tuviese obligación de necesidad, como dejar de oír misa cuando es día de guardar, ó cosa semejante; pero si demasiadamente éste se huelga de leer aquellas historias y pasa mucho tiempo sin intervenir otro mal, será pecado venial, y si uno los leyese por manera de recreación moderada, como si uno que está acostumbrado a estudio, estuviese mal, y no pudiese sin congoja estar sin leer ó oír leer algo, y ve que leer cosa de ciencia le fatiga el ingenio, este tal podría con mérito leer los tales libros, porque aquella manera de lección, es como medicina. Y como le sería lícito y meritorio tomar medicina para quitar el dolor del cuerpo, le sería lícita la tal lección para quitar la fatiga que el estar ocioso el ingenio le da.

Esto entiendo cuando la tal persona viese que no holgaría tanto su ingenio en leer historias verdaderas como en las de vanidad. Pero todos los lectores enfermos ó sanos del cuerpo tengan tal aviso, que cuando los tales libros leyeren vayan con cuidado de no consentir en cosa que allí lean que sea pecado mortal ni holgarse del pensar, y para esto es bien que el que los lee mide su condición y la experiencia que de sí tiene, y si ve que según su condición, no podrá, ó no sin gran dificultad leer los dichos libros, sin que estando leyendo venga a consentir ó holgarse de cosas que allí se cuentan, que son deshonestas ó de tal calidad que la persona no puede holgarse en considerarlas sin que caiga en pecado mortal, en tal caso, pecará mortalmente en leer estos libros; porque se pone en peligro de pecar mortalmente, y en cosa que puede excusar. Más se pudiera estender esta respuesta; pero para la lectura presente y para otras muchas puede bastar lo dicho.

ARGUMENTO DE LA OBRA



LUCRECIA y Antonia fueron grandes amigas en su mocedad por ser naturales y haberse criado juntas en la ciudad de Bolonia; y como viniese allí el campo de la cesárea majestad de nuestro invictísimo emperador Carlos V a haberse de coronas, acertó a posar un alférez tudesco en casa de su madre de Lucrecia.

El cual, enamorándose de ella, la tuvo por amiga todo el tiempo que su majestad estuvo en Bolonia. Y después, al partir de la corte, determinó de irse con él en Hungría, porque todo el ejército de César iba a allá a resistir la bajada del Gran Turco sobre Viena. É ahí, dejando a éste y revolviéndose con un capitán italiano, se fue con él a Ancona y a Corron y a otros diversos lugares; hasta que, cansada de seguir la guerra, se fue a reposar a Roma con su madre, que en todas estas aventuras no la desamparó.

Donde después de haber vivido cuatro años, recrecióse en su casa una pendencia entre ciertos romanos, de que le imponían a ella toda la culpa. Por cuya causa se salió de Roma y se vino a Lombardía, donde pasó mucho tiempo de su vida. É habiendo andado Antonia en otras tales romerías, vinieron a encontrarse, siendo ya ambas mujeres antiguas en nuestra Señora de Loreto, y como se conociesen, después de haberse abrazado muchas veces se sentaron: porque Antonia venía muy flaca, que había muy poco que salía de tomar el agua del palo santo. É ahí comenzaron a hablar de sus prósperos y adversos sucesos: y como Lucrecia había más peregrinado por el universo, dio más larga cuenta de sí y de su vida a Antonia. Que cansada ya de escuchar dieron fin a su plática.



INTERLOCUTORES

LVCRECIA Y ANTONIA

ANTONIA

Cuéntame de cómo llegaste a Roma con tu madre.

LVCRECIA

Con buen comienzo sea. Nosotros llegamos la vigilia de San Pedro; y que te quisiera decir el gran placer que hubimos de ver los rayos, cohetes y botafuegos, que el castillo de San Angelo tiraba, con tanto estrépito de artillería, con tanta música de menestres, y pífaros, y con toda Roma en el puente y en el Burgo y en calle de Bancos.

ANTONIA

¿Dónde fuiste a pasar esa noche?

LVCRECIA

A Torre de Nona, un barrio así llamado en una casa donde daban camas; y diéronme una toda en tapizada y bien en orden, y allí estuvimos ocho días, y la señora de la casa estaba empachada de ver en mí tanta hermosura; y pareciéndole cada día más graciosa, habló con un cortesano amigo suyo, al cual dijo tener en su casa una huéspeda hermosa, y éste dio parte a otros amigos; y todos juntos, era tanto el paso a caballo por delante de nuestra posada, murmurando de mí por no dejarme ver a su modo. Estaba yo dentro de una gelosía; y si por caso la alzaba un poco fingiendo escupir fuera, mostrando apenas la mitad del rostro luego la tornaba a cerrar. Y aunque yo era hermosa, aquel resguardarme de no ser vista, me hacía aparecer mucho más. Por lo cual creció en aquella gente la voluntad de verme, y en toda Roma no se hablaba en otra cosa sino de una forastera venida de entonces, tal que apeteciendo siempre las cosas nuevas (como tú sabes) venían unos sobre otros por verme, y la patrona que en su casa nos tenía, no se podía dar manos a responder a los que llamaban a la puerta, a preguntarle por mí. Ella las más veces los dejaba hablar, y cerca del prometerle porque les abriese, no se curaba diciéndoles que a dárselo en mano no sabría si se determinaría. Mi madre, que era mujer sabia y sagaz en estos negocios, fingía no querer oír a nadie con decir estas palabras: «Por ventura págome yo de estas hablas. No plegué a Dios que mi hijuela pierda la corona de virgen. Yo soy de noble generación, y si la fortuna nos ha sido contraria, gracias sean dadas a Dios, no nos ha puesto tanto por tierra que no podremos vivir». Y de estas palabras nacía todavía el nombre de

mi hermosura. É si tú has visto un pájaro sobre una granada abierta, que come diez granos y vuela y vasa, y está pequeño espacio, y torna con dos, y vasa, y vuelve con cuatro, y después con diez, de esta manera venían los galanes al derredor de mi estancia para poner las bocas en mi granado. É yo no pudiéndome hartar de ver tanta gentileza, perdía los ojos por fuera la gelosía, holgándome de ver sus polidezas y lindos atavíos con aquellos sayos de terciopelo y raso, con tantas medallas y puntas en las gorras, y sus cadenas al cuello y algunos con los caballos tan enjaezados que allí relumbraban como espejos, andando suavemente, con tantos mozos y pajes, teniendo el seso en la punta del pie y con su Petrarca en las manos cantando al falsete.

ANTONIA

Aquella canción, si a mano viene, que dice:

*Para cuanto mal sostengo
no quiero más galardón,
que ver a mi corazón
cautivo donde lo tengo.*

Y parándose unos y otros delante de la ventana, fingía yo toser porque me oyesen; decían ellos: «Señora, ¿será posible que sea vuestra merced tan homicida, que deje morir aquí a tantos de sus servidores?». Yo alzaba en poco la gelosía con una risa a media boca: y luego me metía dentro. Y ellos con decirme, «beso las manos a vuesa merced», y con un «¡juro a Dios que sois cruel!», se partían.

ANTONIA

Por cierto que yo oigo hoy la cosa más a mi gusto, que en toda mi vida he oído.

LVCRECIA

Estando en esto mi madre, que no era de las bobas, quiso hacer conmigo una muestra: fingiendo ser acaso, hízome vestir una saya de raso morado, desmangada: con infinitos golpes y revuélveme los cabellos a la cabeza: que si los vieras juraras que no eran cabellos, sino madejas de oro encrespado.

ANTONIA

¿Por qué la saya no llevaba mangas?

LVCRECIA

Por mejor mostrarse los brazos; que eran más blancos que el copo de la nieve; y hízome lavar el rostro con cierta agua que ella sabía, algo fuerte, me lo puso tan relumbrante como un espejo, sin otros afeites ni bellaquerías que otras usan. Y al

mejor pasear de los galanes, subíme a mi ventana; y como me vieran a deshoras, parecióle como a los marineros que pasan gran fortuna y llegan a buen puerto. Alegráronse tanto, que casi del regocijo se caían sobre los cuellos de los caballos, procurando tanto por verme, cuanto yo por resguardarme. Levantaban las cabezas y abrían las bocas, que parecían propios de aquellos animales que vienen de Alejandría.

ANTONIA

¿Camaleones quieres decir?

LVCRECIA

Es verdad: quiero más que sepas, que me empreñaban con los ojos.

ANTONIA

¿Qué harías tú mientras te miraban?

LVCRECIA

Fingía honestidad de monja, y miraba con seguridad de casada, y algunas veces hacía autos, meneos y señas; conque los tenía encantados sin poderse partir de allí.

ANTONIA

Gentil cosa.

LVCRECIA

Estuve un tercio de hora mostrándome, y en lo mejor del requiebro, vióme mi madre a la ventana, y mándame quitar, y quedan todos empachados que no acertaban a hablar unos a otros. Venida la noche comienza el tocar a la puerta de unos y de otros, y subida la huésped a la ventana a responder, vase mi madre tras ella muy quedito por escuchar lo que le decían. Estando en esto oyó a uno que, teniendo el rostro cubierto, le dijo: «¿Quién es aquella Señora que estaba poco ha a la ventana?». Respondióle. «Es hija de una dueña forastera, que según lo que he podido comprender, el marido le fue muerto por unos sus contrarios, y la pobre señora hase venido aquí, y traído esta moza, así por casarla como por haber justicia contra sus adversarios, y trujo su hato aunque poco». Estas y otras mentiras le había hecho entender mi madre a la huésped.

ANTONIA

Así sea todo.

LVCRECIA

É oyéndole al galán decir, ¿cómo podría yo hablar a esa señora? No hay remedio, le respondió, porque no quiere oír a nadie, y preguntándole si yo era doncella, díjole que doncellísima: pues no se me vía otra cosa en todo el día, que mascar Avemarías. É pidiéndole que lo dejase entrar donde yo estaba, no le fue concedido; de cuya causa le dijo, pues hacedme tamaña merced que le digáis tenga por bien de escucharme ciento cincuenta palabras: que vos le llevaréis en las manos cosas con que siempre os bendigan. Y jurándole de hacerlo, pidió ella licencia; y cierra la ventana. Dende a un rato vino a nosotras diciendo: «No hay mejores descubridores del buen vino que los viejos bordoneros. A vuestra hija la han sacado por el rastro estos podencos cortesanos, y han de procurar de haberla a las manos; aunque os subáis con ella al cielo. Digo esto por uno que penosamente me vino a pedir audiencia para hablaros». «No, no (respondió mi madre), no, no». Y como la huéspeda tuviese una lengua serpentina, le dijo: «La principal señal de una dueña prudente es: saber conocer la ventura cuando Dios se la envía. Él es hombre que os hará de oro y de azul, por eso pensadlo muy bien». Y tomando nos a dar de parte del galán otros tratos de cuerda, hízole ella proveer una comida muy copiosa, y como mi madre la viese aconsejándose consigo misma, la cual era tan buena maestra, que por su utilidad no tenía necesidad de tomar pareceres. Hizo tanto el gentil hombre que le ganó la voluntad, por lo cual le vino a prometer que le escucharía. Y el que se pensaba tener por suyo el pan y el palo (como dice el refrán), se vino una noche a dormir conmigo, y después de haberme hecho mil juramentos, que me pagaría mi virginidad y que me daría este mundo y el otro.

ANTONIA

Eso me contenta oír.

LVCRECIA

Por gozar de lo gastado y de lo que más pretendía, vino a la noche muy determinado, y después de ser acabada una cena muy abundante, en la cual no comí sino dos bocados, mascados a boca cerrada, bebiendo solamente media copa de vino, toda cuasi agua, y diciendo me él mil requiebros sin yo responderle a cosa, me llevaron a la cámara de la señora de la casa, la cual sirvió aquella noche por el ánima de un gentil ducado. Y no fue entrado dentro, cuando cerró tras sí la puerta, sin permitir que ninguno de sus criados le ayudase a desnudar; y en un momento se quitó todo el vestido y se metió en la cama; y dende allí se me domesticaba con tantas palabras amorosas atravesando algunos triunfos, diciendo que me haría y me daría con que no hubiese envidia a la principal y más rica cortesana de Roma. Y no aprovechándole para que me metiese con él en la cama, nada de lo que me decía, se levanta, y haciéndole gran resistencia, en fin, se hubo de tornar a la cama; y vuelve la cara a la pared mientras me desnudaba, si acaso

tenía vergüenza, de que no me viese en camisa. Y diciendo ó haga eso, no lo haga, llegué a la vela y apaguéla. Y así como entré en la cama, arremetió a abrazarme, con aquella voluntad que una madre abrazaría a su hijo, teniéndolo ya llorado por muerto. Y llegándose a mí me apretaba entre sus brazos; en conclusión que otra cosa jamás le consentí. Decíame, ánima mía, esperanza mía, estad queda, que si yo os enojare matadme, y entre los ruegos y halagos procuraba de darme algunas puntadas falsas; y con gran congoja viendo serle excusado su cansancio, vino en tanta desesperación de cuya causa los ruegos se tornaron en amenazas. Renegaba, y descreía, ofrecíase, encomendábase, y con juramentos de importancia, que me había de ahogar ó darme de puñaladas. Y haciendo muestra de querer ejecutarlo, echóme mano de la garganta, tocándome muy suavemente. Y después tomó a rogarme y halagarme abrazándome; y de nuevo rehusándolo, toma su camisa y vístese, y levántase, y rogándole que se tornase a la cama que yo haría lo que él mandaba, en fin, se tornó a acostar, con suplicarme lo dejase, que mayor picada daría una mosca; y a decirte toda la verdad nunca le consentí que de veras me tocase. Él muy airado levántase y tórnase a vestir, y comienza a pasearse por la cámara; y pasó el resto de la noche a usanza de quien vela fortaleza, y con un triste gesto parecía jugador que ha perdido el dinero y el sueño; con aquel gruñir y blasfemar que suelen los que de alguna dama son burlados, abrió la ventana de la cámara con mil suspiros, puesta la mano en la mejilla mirando al río Tiber que parecía reírse de la burla que de él se hacía. Y todo el tiempo que él gastó en pensamientos, dormí y siendo ya el día que recordé verlo venir a mí con los brazos abiertos, dándome muchos abrazos, que non vi en mi vida nigromántico, ni conjurador de demonios decir tantos donaires y novelas, cuantas él me dijo, y todo en vano, como la esperanza de los que están en el infierno. Y queriendo reducir todo su negocio a que le diese un beso, se lo negué, y como oyese a mi madre que andaba por casa con la huéspedada, la llamé; y abriéndole la cámara, entró diciendo: «¿Qué carnercerías y qué fuerzas son éstas? En el monte de Torozos no se harían tales»; y esto dicho con gesto alterado, y con voz sonora, la huéspedada la conortaba: y decíale a él muy de quedo: «Aún el diablo os ha dado que hacer con doncella». Entretanto vestime, y fuime a mi cámara, dejándole con mi madre y la huéspedada. El probeto ya era entrado en la obstinación de unos que se quieren desquitar de lo que han perdido en el juego; sálese de casa, y estaría cuanto una hora, y envía un sastre con una pieza de raso carmesí para que tomada la medida me cortase una basquiña, creyéndose la noche venidera correr por todo el prado a su posta. Yo aceptando el servicio voy a mi madre a ver qué le parecía, respondiome: «De lo visto se puede colegir que éste está ya moliente y corriente: no hagas cosa por él que él nos pondrá casa y nos la fornecerá de todo lo necesario». É yo, que sin su consejo estaba muy instruta en lo que había de hacer, doy una vuelta a la ventana, y como le vi venir tomo la escalera, y encuéntrolo a la mitad de ella, con decir:

«Dios sabe el dolor que mi ánima quedó de verle partir, sin decirme por lo menos quedaos a Dios. Agora yo estoy consolada con su venida; y si pensase perder la vida, haré esta noche cuanto me mandades». Oyendo esto se arrojó a abrazarme la boca abierta; y en aquel tiempo le dije, que enviase por de comer, y que se concertase para la noche una muy buena cena. Teniéndolo él por bien, tuvo tanto cuidado dello como si trujera el reloj en su manga, y en siendo el Avemaría, vino pareciéndole haber diez años que esperaba aquella hora. Acabada la cena llevóme a la cámara donde la noche pasada estuvimos, y hallóme algo más amorosa; pero de ver el poco fruto que de su cansancio sacaba, no se pudo abstener de darme tres ó cuatro puñadas. Sufría yo todo diciendo: «Pues darme, que a fe que os ha de costar vuestros dineros». Pero tornando a querer majar el agraz, hice los mismos autos y quejos que la noche pasada. Levantóse y fuese a la cámara donde mi madre estaba acostada, con la señora de la casa y estúvose con ellas más de cuatro horas consejando y amenazándome. Decíale mi madre, «hijo muy querido, no os espante el esquivarse desta muchacha, siendo vos el primer hombre del mundo con quien hablé, ni aun con el confesor. Pero no tengáis duda, sino que esta noche venidera, quiero que haga vuestra voluntad aunque muera en la demanda». Y queriéndose vestir para irse le dio mi madre una cinta de tafetán larga, y díjole: «tomad hijo con que la atéis las manos, si no quiere estar queda». El bobo tomóla y con el mismo gasto de comida y cena, se vino a dormir conmigo la tercera noche, y de ver que no le consentía tocarme, vino en tanta desesperación, que lo vi determinado de darme con un puñal y confiésete que temí y fuéme forzado obedecerle, y él acabó de conseguir su fin tan deseado, y en esto yo comencé a dar gritos diciendo: «Ay, cuitada de mí, que perdida soy, ya no tengo honra, no me verán gentes la cara». Estando en estas cuitas y clamores extendió el brazo y sacó la bolsa (que la tenía a la cabecera debajo de la almohada) y vaciómela en la mano, en que podría haber obra de cuarenta ducados en oro y pocos más que veinte en reales: diciéndome, toma, y yo fingiendo no quererlos, al fin lo hube de acetar y andando en estos términos otras cuatro veces antes de que nos levantásemos su caballo anduvo hasta la mitad del camino de nuestra vida.

ANTONIA

Ansí dice el Petrarca.

LVCRECIA

A la fe dícelo el Dante. Y muy contento de lo pasado se levantó, y no pudiéndose quedar a comer conmigo, envió lo necesario, y volvió a la noche a cenar lo que a él le había costado sus dineros.

ANTONIA

Escucha un poco; ¿él no sintió que en tu virginidad no hubo sangre?

LVCRECIA

Por cierto sí; ¿y piensas tú que estos cortesanos saben más de doncellas que de castas? Hícele entender que la urina fuese sangre y bastóle a él para creerlo la resistencia grande que yo le hice. En fin, la cuarta noche lo dejé a su posta hacer en mí lo que quiso. Venida la mañana, viene mi madre a la cámara donde estábamos, y viéndome cabe él acostada, me echó su bendición, saludándolo a él: y haciéndole yo las más caricias que podía, le di un abrazo delante de mi madre; dícele ella: «Yo quiero partirme de Roma después de mañana en todo caso, porque he habido letras de mi tierra en las cuales me dicen que me vaya a morir entre los míos. Estoy en hacerlo en todas maneras, porque Roma es para las bienaventuradas; y no para las faltas de ventura como yo. Y digo os verdad, hijo, que no me fuera della, ni llevara esta muchacha, si unas posesiones que allá tengo, se pudieran haber vendido, para con lo procedido dellas poder comprar aquí por lo menos una casa, porque no pienso poder sufrir a andar a casa de alquiler: y ya que se vendan sin mí, los dineros no me los enviarán si yo no voy por ellos; demás que yo no nací para estar en casa de otrie, porque siempre después que soy mujer la tuve mía». É yo interrumpiendo la habla, dije: «Madre, si me he de ver una hora apartada deste que es mi corazón, bien podéis pensar que no viviré un día». Y juntándome más con él le abracé y eché dos lágrimas, y como él así me viese, sentóse en la cama diciendo: «Pues pese agora a tal y a cuál, ¿no soy yo hombre de poneros casa y aparejáros la de todo punto?». Y pedido de vestir se levantó; y bota de casa y vuelve así como a hora de vísperas, con una llave en la mano, y con dos hombres cargados de colchones, cubiertas de cama, almohadas: y otros dos con sendas acémilas cargadas de camas de campo, sillas, mesas y cosas de hierro, y venían así mesmo con él dos mercaderes, con sus mozos cargados de tapicería, alfombras, cojines, manteles, estaño, y otras cosas tocantes al ornamento de una casa; parecía propiamente que se mudaba de un barrio a otro. Y lleva a mi madre consigo: y pónela una casita en orden, dése cabo del río, muy concertadita, y vuelve donde yo estaba, y paga lo que se debía de la posada a la patrona y toma un carro que llevase lo que allí teníamos (que era harto poco) y en cerrando la noche, me lleva consigo, y quédase ahí y yo en mi casa. Hágote saber que gastaba para hombre de su fuerte, tan largo como era posible. Agora como yo en la otra posada no era vista a la ventana como solía, no faltó quien diese el aviso de do moraba: veríades a todos mis requebrados pasearme la puerta. Y acertando a uno con los ojos por amigo, que se mostraba morir por mí, por vía de una tercera que intervino, hube de hacer lo que le plugo. Y pareciéndome que era hombre que tenía y gastaba, comencé a darle del once poco a poco al primer bienhechor. El cual, habiendo gastado todo lo que tenía y habiendo tomado fiado todo lo que me dio, y cumpliendo el servicio, no tuvo con

qué pagar, fue descomulgado con mil diablos, y puestas las excomuniones por las calles y puertas de Iglesias, como es usanza en Roma. É yo, que era de buena casta, tanto tiempo le hice caricias, cuanto duró el darme de las ropas y joyas. Y hallando mi puerta cerrada, esas pocas de veces que escondidamente salía, comenzaba a zaherir el bien que había hecho, y vase que parecía fantasma, no queriéndole dejar entrar en mi casa. Y habiendo yo espulgado la bolsa del segundo me amarré al tercero. Pero no por eso todavía dejaba de abrir mi puerta al que venía con cualquier cosa razonable.

En fin, pásame a otra casa algo mayor, cuanto más había crecido la ropa que poner en ella. Estaba ya en reputación de gentes de señoría; y hasme de creer que gastaba lo más del tiempo estudiando en el *Putanismo*, que es un libro que compuso la antigua y más afamada ramera que en Roma hubo, llamada Angela Torrente. De manera que salí mejor estudiante que unos que van a Bolonia ó a París y están siete y ocho y diez años gastando tiempo y dineros, y vuelven tan necios a sus casas como salieron dellas. Pero yo en tres meses de estudios y aun en menos que en dos, salí tan buena maestra en todo lo que se debe saber, así en dar desabrimientos como en adquirir amigos, como en engañarlos, en saber dejar a uno y tomar a otro, y en llorar riendo y en reír llorando, como en su lugar lo diré más luego. Y en estos intermedios vendí mil veces mi virginidad. Y quiérote decir una partecilla de las traiciones (que en la verdad las que yo he hecho así se han de llamar) por ser de mi cosecha. É si tú eres buena alquimista, luego me entenderás.

ANTONIA

Yo no soy alquimista ni lo quiero ser, pero di lo que quieres que yo te creeré: y aun si menester es sin juramento.

LVCRECIA

Yo tenía entre otros un enamorado a quien era muy obligada; pero una ramera que no tiene su fin que esto, sino en lo que le han de dar, ni sabe cuándo está obligada ni cuándo lo deja de estar. Y teniéndole yo el amor (como dice el refrán) lo que me das eso me dueles, usé con éste muy grandes crueldades, y de las mayores extrañezas que podía; y tanto peor le trataba cuanto más me daba de su hacienda, lo cual siempre hacía a manos llenas. En fin, todos los viernes en la noche iba a dormir con él, y comenzando a cenar buscaba yo con qué reñir y dar gritos.

ANTONIA

¿Y por qué?

LVCRECIA

Porque le entrase en mal provecho la cena.

ANTONIA

¡Jesús qué crueldad tan grande!

LVCRECIA

Entre reñir y hablar, entreteníalo que no se acostase hasta dos ó tres horas después de media noche; y en el resto della dábale en que royese con tanto desamor que se levantaba renegando de la paciencia y diciendo otras mayores blasfemias. Rogábame le hiciese algunas señales de amor, y yo no queriendo, cuando era ya hora de levantar volvíame a él, y con dos lágrimas en los ojos me llegaba a él. Y él procurando aprovechar de aquella buena comodidad, le era necesario darme cuantos dineros tenía, y aun la mitad de la ropa de su vestido, primero que le consintiese hacer cosa de lo que él quería.

ANTONIA

Eres una Nerona.

LVCRECIA

Pues con los forasteros que venían a Roma a estar ocho ó diez días y volverse a sus tierras con estos me di tu que usaba de mis artes. Tenía yo conocidos de estos que acompañan la justicia, que recetaban en mi botica algunas veces sin paga, teniendo ellos cargo de reñir mis pendencies, y de hacer fieros y bravosidades en mi servicio, en la manera que oirás. Ellos venían a Roma por ver las antiguallas y vistas, y cumplido con sus promesas y votos ó expedidos sus negocios, procuraban de ver las cosas modernas. Y encontrados por las calles, de aquellos de mis escuderos, y conocido que procuraban ver alguna mujer enamorada, luego me los encaminaban, y era yo la primera en cuya casa entraban. Y has de saber que ninguno dormía conmigo, que me hiciese pago con menos que con toda la ropa de su vestido.

ANTONIA

¿Cómo podía ser eso?

LVCRECIA

Pues lo quieres saber, yo te lo diré: En amaneciendo, entraba mi moza por la ropa so color de quererla limpiar, y dende a un poco comenzaba a dar gritos que le habían robado el hato. Oídas las voces por el novio que estaba en la cama, de cómo su ropa fuese burlada, se levantaba en carnes blasfemando y diciendo que me haría secuestrar los bienes, y del valor dellos tendría manera como le fuese pagado el vestido, y yo, dando muy crueles gritos, me levantaba diciendo:

«¡Cómo! ¿Vos me habéis de hacer secuestrar mis bienes? ¿No basta que me habéis forzado en mi casa, sino hacerme ladrona?». Como esos gritos fuesen oídos por aquellos, que arriba dije, que estaban prevenidos a la puerta, entraban con las espadas desnudas, y subían arriba diciéndome: «¿Qué cosa es ésta? ¿Qué habéis menester, ha os enojado alguno?». Arremetía con él que estaba en carnes: parecía que cumplía algún voto ó penitencia, pidiéndome perdón, tenía a muy gran merced que enviase a llamar a sus amigos y conocientes, de los cuales uno le prestaba calzas, otro capa y ansí gorra, sayo y camisa. Y partiéndose de mi casa, le parecía haberse soltado de poder de infieles.

ANTONIA

¿Cómo te lo podía llevar el corazón?

LVCRECIA

Muy bien, porque no hay cosa por cruel, traidora y de grandes insultos y robos que sea, que espante a una ramera. Extendióse mi fama tanto por la tierra, que aquéllos no volvían más a mi casa, ó si tornaban, acabados de desnudar, hacían a su mozo, ó a su compañero el que no lo tenía, que le llevase toda la ropa a la posada, y que a la mañana se la trujese. Y con todos estos avisos les era forzado dejar algo en casa; así como la cofieta con que dormían, los guantes ó trenzas de atacar, porque es necesario para una mujer enamorada, aunque no sea sino que una rama de finojo ó una pepita de un pero, ó un clavo de agujeta. Y con todo esto no podemos escapar de no ir a ser lumbrarias y causalo el mal francés, de los que en mal hora vienen acá con él. Pero al fin, las que en la mocedad no se saben gobernar, no les faltará a la vejez un hospital ó hacer aceites para el rostro, blanduras para las manos, quitar cejas, hacer colchones ó tomar una venta, ó andar estaciones por otras. Quiero que sepas que nunca yo fui de las bobas que se hacen llevar de la mano como si fuesen princesas. Siempre tuve mediano juicio para saberme regir. Su daño de quien no supiese gobernarse en este mundo y no estarse hechas reinas, no abriendo sus puertas sino a cardenales, ó por lo menos a obispos. Yo no tengo por gran monte sino aquel que se hace con poca costa. Y son palabras, todos los que dicen que caga más un buey que mil mosquitos, é por esto hay más mosquitos que bueyes. Que por un gran señor que entre en tu casa, dándote un buen presente, entran otros veinte que te pagan en promesas y en palabras. É hay mil de los ciudadanos que dan y pagan a manos llenas. É la que no se humana, no rasga terciopelo; é así verás que debajo de algunas ruines capas están en cubiertos muy buenos ducados. Pues otra cosa quiero que sepas, que los que más gastan en Roma, son mozos de mercaderes, los que venden carbón y dispensereros, que los había de poner en cabeceras, porque gastan tanto con una mujer en un día, cuanto roban a sus amos en un año. Por manera que conviene para medrar, arrimarse a otra gente que no a poliditos de botas picadas é sayos de

terciopelo.

ANTONIA

¿Por qué razón?

LVCRECIA

La razón es, porque aquellos sayos de terciopelo y raso están aferrados de malvadas deudas é la mayor parte de estos cortesanos que los traen imitan a los caracoles que andan con toda su casa auestas, y no se hartan de resuello, y si algún poco tienen, se les va en unguento para las barbas y para lavarse el cabello, y en tintas para refrescar el color a los zapatos tapetados. É por un par de zapatos de terciopelo nuevos que les ves, andan tras ellos ciento desesperados pidiéndoles lo que les deben. Yo rióme, cuando veo la presunción que traen mirándose sus sayos, que algunos de viejos se han tomado de terciopelo raso.

ANTONIA

Tú debes de estar usada de ver esos pelados que dices que hay agora. En mis tiempos otra gente había y de mejor jaez; pero la pobreza tanta que hoy día hay en los criados procede de la bellaquería y descuido de sus amos... Mas dejemos agora de tratar de esto y prosigue tu cuento.

LVCRECIA

Dígote que había uno en Mantua que usaba conmigo del plático con decirme que sabía quién era yo, y mi linaje, creyéndose con esto de haber de mí lo que quería sin paga. Vínoseme un día a casa con las más lindas razones y dulces palabras y novelas que jamás he oído. Él me alababa y me servía y en cayéndoseme cualquiera cosa en tierra se abajaba por ella y la besaba y quitaba su gorra» y con una galana reverencia hasta el suelo me la daba. É pasando en estos requiebros algunos ratos me dijo un día: «¿Por qué no alcanzo de vuesa merced una gracia, señora mía, y después siquiera me muriese?». Respondíle: «Yo estoy a obediencia de lo que quisiéredes mandar, por eso ved en qué queréis ser servido de mí». «Lo que a vuesa merced suplico (respondió), que se vaya a dormir conmigo esta noche y deseo esto porque vuesa merced tome la posesión de una pequeñuela casa que le agradará». Yo le prometí que lo haría, pero que había de ser después de cena, porque tenía convidado a cenar a un amigo mío. El holgóse infinito por excusarse del gasto y congoja de la cena, que no me había de dar otra cosa. Venida la hora yo me fui a su casa y después de acostados estuve atenta, y siendo gran rato de la noche, sintiendo que roncaba tomé su camisa de hombre y vístomela, que era labrada de oro, que no había ocho días que se había traído de la lavandera, y déjole la mía de mujer, viejezuela. Y como mi moza vino por mí a la madrugada, levantóme luego y vide estar a un rincón de una cuadreta todos

cuantos paños de lino tenía ayuntados para dar a la lavandera que la aguardaba, y cárgoselos a mi criada sobre la cabeza, envueltos en su manto, y envíola, y dende un rato que el galán todavía dormía, vide en una ventana unas redomas de agua de olor, y tomo dos y llévomelas una en cada mano y vóime con ellas. Lo que él diría cuando se levantase, piénsalo tú.

ANTONIA

¿Y eso se soportaba en el mundo?

LVCRECIA

Pues helo aquí que recordó y echó mano a mi camisa vieja y remendada, descosida por los lados, y él prensó que por yerro debí de trocarla con la suya. Mas como se levantó y halló la casa barrida de todos cuantos paños y otras cosas había en ella, hacía como un león, y vase, y querella de mí y dio conmigo en la cárcel. En conclusión, como en el hecho no hubo testigos, no pudo probar cosa; fui suelta, y él fue tenido de muchos por hombre de poca calidad, y desta manera me vine yo a reír del, que pensaba él reírse de mí.

ANTONIA

Su daño.

LVCRECIA

Pues escucha esto. Yo tenía en Florencia un cierto enamorado mercader, buena persona, que no solamente me amaba, pero adorábame. Él me mantenía muy bien, y yo lo acariciaba todo lo a mí posible, y no era tenida del en reputación de mujer que quería ni hacía por otro. É dicen muchas personas. No sabéis, Fulana muere por Fulano. Es una gran mentira que son aquellos ciertos errores de amor que duran tan poco como el sol de invierno, y la pluvia de verano. Porque es imposible que quien se somete a todos, ame a ninguno.

ANTONIA

Eso bien me lo sé yo.

LVCRECIA

Agora el dicho mercader dormía conmigo cada noche a su posta, donde por darme yo alguna reputación y por cazarlo mejor, lo hice celoso muy galanamente, haciendo él profesión de no serlo. ¿Y en qué manera, si piensas? Hice comprar tres pares de perdices y dos muy gruesos capones, y otro par de faisanes, y busco un mozo bien vestido y no conocido del y dígole que cuando sienta que está comiendo conmigo el mercader, que llame recio a la puerta. Él hizolo así, como llamó, dije a mi criada: «abre a quien es»: y abierta la puerta,

sube con decir: «Muy buena pro haga a vuestas mercedes»; mi señor el Conde de Monturque, español, suplica a vuesa merced se la haga en comer esta caza por su amor, y que cuando haya oportuno tiempo, desea decirle veinte y cinco razones». Yo muy altanera, me dio torcido el rostro, le respondí: «¿Qué conde ó qué trampa? tornadlo, hermano, lo que traéis, que no quiero que me hable otro conde, que el que cabe a mí tengo, que me ha hecho más bien que yo le serviré en mi vida». Y volviéndome a él que estaba medio turbado, le abracé y comencé a deshonorar al mozo, y que se fuese en mal hora. El mercader, como me vido tan en cólera contra el mozo, sacó fuerzas de flaqueza y díjome: «Tómalo, loca, que es mala crianza hacer otra cosa»; y dícele al mozo: «Gentil hombre, decidle al señor conde que ella lo comerá por su servicio». Y después de algunas risas (aunque no muy verdaderas) me volví a él y díjele: No piense este conde español que habrá de mí un beso; que en más estimo vuestro zapato, que a cincuenta condes. Él agradeciómelo mucho, y fuese a entender en sus negocios. Yo entretanto hice venir a aquellos que arriba dije, que me reñían mis pendencias, y concierto con ellos que cerca del sol puesto (porque a esas horas cenábamos juntos) y que tomasen un mozo desenvuelto, con una antorcha en la mano, y que los otros estuviesen allá apartados y muy tapados los rostros, salvo que de mi ventana se pudiesen ver, y que lo hiciesen llamar a la puerta, y como él llamó le fue luego abierta, subió arriba y saludónos muy a la española y dice: «El conde, mi señor, viene aquí a hacer a vuesa merced la reverencia que debe». Respondile turbadísima: «Decirle al señor conde que su señoría me perdone, porque estoy obligada a otro conde que veis cabe mí». Y dichas estas palabras, échele los brazos encima. El mozo fuese, y estaría un poco y tornó a llamar y mandando yo a mi moza que no le abriesen; pero oímos como decía: «El conde, mi señor, mandará echaros las puertas abajo, y aun quemáros las, no queriéndole abrir». Por las cuales cosas asomé a la ventana dando gritos, diciendo: «Qué cosas son estas? ¿Vuestro señor ha de mandar derrocar las puertas? Decidle, paje, que las mande quemar ó hacer pedazos muy a su placer, que a uno solo quiero y amo, el cual me ha hecho lo que soy, por ser quien es, y siendo menester, moriré por él». Estando en estas pláticas, llegan los fariseos a la puerta, que eran cinco ó seis, y en el estruendo parecían cincuenta, y uno de ellos con una voz imperial, me dice: «Putá vieja, vos os arrepentiréis, y esa gallinilla bañada que está cabe vos, yo os juro por los huesos del sol, que le tengo de hacer zurzir el rostro». «Vosotros haréis lo que quisiéredes (les respondí); pero no son fechos de caballeros, querer forzar a las mujeres honradas en sus casas», y queriendo decirles otras mil perrerías, mi mercader me tira recio de la ropa, que me quitase de la ventana, diciéndome: «No más, no más, bastar debería lo que les habéis dicho, si no queréis ser ocasión que en saliendo de esta casa me hagan pedazos estos españoles». Y metiéndome dentro me dio tantas gracias por la estima que del había hecho, más que los que sueltan de la cárcel a los que en ella han hecho por

ellos algo. Y luego en la mañana me hizo cortar una saya de raso veneciano morado extremadísimo y siendo el Avemaría no lo tomarían fuera de casa si pensara por ello ser papa. Tanto era el miedo que había cobrado a los españoles, creyendo que el conde le mandase dar alguna cuchillada por la cara. Y a cada propósito que hablaba, decía: «En verdad que la mi Lucrecia trata bien a estos condes de España».

ANTONIA

¿Por qué decía eso?

LVCRECIA

Porque le había hecho entender que a otros siete ú ocho condes y cortesanos había yo burlado, haciéndolos esperar debajo de una higuera de mi jardín tanto que desesperaron. É jurábale que tal y tal noche que él durmió conmigo habían estado metidos en el soterráneo un caballero y sus criados esperando a que bajase y que otros estaban en el cortinal. Y por que yo no tuviese ocasión de hacer por nadie me doblaba el ordinario y me daba otras muchos joyas; y a todos sus amigos (cuando le venía a coyuntura) no publicaba otra cosa sino el grandísimo amor que yo le tenía.

ANTONIA

Gentil astucia, en verdad.

LVCRECIA

¿Esta te ha parecido buena? Pues aguarda un poco. Estando yo en Milán, dormía muchas noches con un bravoso rajabroqueles que había estado mucho tiempo en la guardia de Sena y en las compañías de Génova y se había hallado en el saco de Roma y en otras afrentas; en conclusión, era un hombre que en viéndolo cualquiera mujer de media legua decía: guárdate del como del diablo; y en todo Milán no había otra plática sino ésta. É quiero que sepas que lo que yo tengo no lo he ganado como ramera, sino como demonio. Dejemos esto para su tiempo. Has de saber que levantándose una mañana de cabe mí le vi en la bolsa diez escudos y otra noche siguiente hice todo lo posible por cogérselos y no pude, aunque cautelosamente dejé la vela encendida y levantéme (como me podrás entender) en fin, no pude. Acordé de usar desta astucia. Él estaba un día en mi casa muy de reposo creyéndose que con no darme nada, me había de tener toda su vida contenta. Y teniendo yo hecho concierto con un lencero, que a cierta hora viniese a pedirme diez ducados que le debía de lienzo que me había fiado, y de que sentí que estaba en casa, allegóme un poco más a mi bravoso y échole un brazo por encima del cuello y con la otra mano tiréle dos veces de las barbas, muy de quedo; y dándole de besos, le pregunto: «¿Por ventura, sabrás decirme

quién es tu enamorada?». Respondió que yo. Y así por estas palabras como por tenerle más contento, procuré de acariciarlo; y mientras que yo le decía quiero que esta noche durmamos juntos, dice la moza: «Señora, el mercader de los lienzos ha gran rato que está ahí, al cual mandé que entrase en la cámara donde estábamos». Y preguntándome el gentil hombre que quién era aquel ó qué quería, dije que venía por diez ducados que le resté de lienzo que me dio para un pabellón. Dícele a mi moza: «Toma esta llave y de aquellos dineros que están en el cofre, dale sus diez ducados». É mientras ella iba a abrir el cofre, estaba yo halagando al plático. El lencero creyéndose ir, é yo habiéndole dicho a mi criada que se despachase, viéndola toda turbada, me levanté a ella que andaba alrededor del cofre que no lo podía abrir (que así como el lencero que venía por los dineros no se le debían, así la llave no era de aquel cofre), é haciendo muestra que la moza hubiese dañado la llave, falté a ella con tan grandes puñadas, como gritos diciéndole: «Enemiga, hasme echado a perder el cofre»; y todavía dándole, dije que fuese a llamar al herrero para decerrajallo. La moza fue y no lo halló, por cuya causa me volví a mi galán y le pedí por merced que si tenía allí diez ducados que se los diese; y que se buscase quién decesrajase el cofre y los sacaría, y de allí sería pagado.

ANTONIA

Tú le hiciste la más graciosa cosa del mundo. Ni igual a ella he oído en mi vida.

LVCRECIA

Lo primero que él hizo fue echar mano a la bolsa y dalle los diez ducados, y dícele: «Toma, hermano, y anda con Dios», y arremetiendo yo con el cofre, le doy de coces é con una piedra muchos golpes para abrillo. Díceme él: «Señora, envía por un herrero, porque vos antes lo quebraréis que no abriréis». Y hablábame ya de tú y vos y con muy menos respeto por la liberalidad de que había usado en prestarme los diez ducados.

ANTONIA

Jesús, y qué tonto debía de ser su merced.

LVCRECIA

Quitándome que no diese los golpes al cofre, me llevó a la cama con intención que durmiésemos juntos la siesta; pero yo estando indeterminada de si lo haría ó no, tocan a la puerta y queriendo yo asomarme a la ventana a ver quién era, arremete conmigo, rogándome que no fuese. En efecto me solté de sus manos, y póngome a la gelosía y veo un caballero mancebo, encima una mula con hábito disfrazado ofreciéndome las ancas, y yo aceptélas y bajo; y toma la capa de uno de sus pajes, teniendo los demás vestido de hombre que así andaba lo más del

tiempo, y fuime con él. De cuya causa el badajo descuelga un retrato mío que estaba pintado en una tabla y colgado en un tapiz, y tómallo, como por manera de vengarse de mí y sale de casa como quien se va del juego habiendo perdido. Y dende a muy poco espacio torna a volver con martillo y tenazas que quería descerrajar el cofre para sacar sus diez ducados. Mi moza que estaba instruta en lo que había de hacer, comenzó a dar gritos, diciendo: «Que me roban, que me roban, ladrones, ladrones», que apellidó toda la vecindad. Y él dándose toda la prisa que pudo, hubo de desclavar la cerradura del cofre, en el cual halló botecillos de unguento del rostro y de las manos, unciones de los cabellos, polvos y raíces de malva para los dientes, pegones para el vello, y una olla de pomada para quitar el asperura del cuerpo y piernas, y un par de redomas de aguas de apretaduras para lo que tú sabes. Mas en contarte estas cosas en que he andado, me acontece a mí como a los que quieren hacer una confesión general y acusarse de todas las culpas que en el discurso de toda la vida han cometido, y en tal tiempo venidos al pie del confesor, no se acuerdan de la mitad.

ANTONIA

Dime las que se te acordaren, que por esas sacarás las otras.

LVCRECIA

Así lo haré: un cierto bobarrón que de una sola viña que en todo el mundo tenía, que vendida pudo sacar cien ducados, tomó imaginación de quererse casar conmigo, y tomando por tercero en el negocio un barbero que yo conocía, al cual hizo que me hablase de su parte y sabida y vista la moneda que tenía, le di esperanza de hacerlo, en tal manera que estando cierto de tenerme por suya, se me vino un día a casa, haciéndole yo infinitas caricias. En menos de un mes gastó todos los cien ducados en cosas de aderezo de mi casa. Creo que una ó dos veces le di de merendar, y más no. La manera que tuve de quitármelo de acuestas fue que hice un día a un otro amigo mío que me lo espantase, viniendo él a entrar en mi casa, que echase mano a la espada para él; y no fue menester más que haberse hecho esto para que del miedo que tuvo y del enojo que tomó de ver gastados todos sus dineros se metió fraile y quédeme yo riendo del.

ANTONIA

¿Por qué?

LVCRECIA

Porque es gran contentamiento para una ramera, cuando se puede alabar que ha hecho un desplacer ó engañado ó burlado a alguno.

ANTONIA

Maldita la envidia que de eso tengo.

LVCRECIA

¡Qué de dinero he yo ganado en este mundo con meter en mi casa a unos y sacar a otros! Cenaban muchas noches conmigo amigos y requebrados míos; é acabada la cena echábalos en la mesa un par de naipes, y decíales: «Jugad un par de reales para confites». Presupongamos que el juego era que a quien cayese el rey de copas perdiese y pagase los confites. Acabado el juego y hecha colación, quedábanse los naipes en la mesa, y los que los ven, siendo jugadores, tanto se pueden abstener de no jugar, cuanto una mala mujer de no hacer engaños. Sacados dineros comenzábase el juego de veras. Entre ellos tenía yo dos chocarreros en hábito de cortesanos, y con apariencia de simples, los cuales se hacían de rogar primero, y tomadas las cartas en la mano (más falsas que yo), con disimulaciones tiraban así toda la moneda de los convidados y hacía yo señas del juego que los otros tenían, pareciéndome aún no bastar la falsedad de las cartas.

ANTONIA

Buenas burlas eran esas.

LVCRECIA

Pues estando en Ferrara, por dos ducados que me dieron, aviso a uno como su enemigo venía dos horas antes del día (solo, solo) a dormir conmigo: Y espiado el otro, lo hicieron pedazos.

ANTONIA

Dime por qué venía dos horas antes del día.

LVCRECIA

Porque aquella hora se partía de mi casa otro que no podía estar más. Pero has de creer, que si dormía conmigo un amigo, que fuese él solo a holgarse, yo me levantaba mil veces de su lado, fingiendo tener dolor de estómago y otras veces querer exonerar el vientre y bajaba a contentar a unos y a otros que estaban por casa esperando aquel ratillo. Pues de verano, entrando el calor, luego botaba de cabel, y en camisa, paseándome un poco por la cámara, parábame a la ventana otro poquillo; y allí hablaba con la luna, con las estrellas y con el cielo, donde tal vuelta venía que hallaba cabe mí dos galanes en lugar de uno que dejaba en la cama.

ANTONIA

Todo es perdido aquello que se deja de hacer.

LVCRECIA

No hay que dudar. Pues escucha aquesta. Habiendo yo echado a perder unos diez ó doce amigos que ya no les quedaba qué darme, traídos a cuestras como cuerpos muertos, acordé de dar con ellos (como dicen las viejas) a barranco pardo.

ANTONIA

¿Y con qué sutileza?

LVCRECIA

Tenía mi amistad un médico y un boticario, de los cuales podía fiar cualquier secreto. Díjeles un día estando ambos en mi posada: «Yo quiero fingir una enfermedad al respeto que todos mis enamorados procuren de curarme, y vos, médico, en la cama, decid que tengo gran peligro, y ordena medicinas de valor, y tú, boticario, ten la cuenta con ellos, y, en contra, envíame algunas cosas que valgan poco ó no nada».

ANTONIA

Agora digo que eres el diablo, si con tal cosa como esta cogiste los dineros que tus enamorados daban al médico y al boticario.

LVCRECIA

¡Gentil seso es el tuyo! ¿Y de eso te espantas? Pues está atenta: Fue cosa para reventar riendo cuando cenando con todos juntos fingí un embarazo de estómago con una muy gran angustia, y déjome caer debajo la mesa. Mi madre, como sabía la maldad, lloraba con gran dolor sobre mí y con toda su pena; hace que me lleven a la cama, y haciéndose así, ellos con ellos me lloraban por muerta, y pareciéndome entonces ser a tiempo cómodo, di yo un gran suspiro, y puestas ambas manos en el corazón, dije: «Confesión». Dijo mi madre entonces muy angustiada qué otras veces había tenido este mal, y que era mal de corazón, que se procurase luego de un médico que fuese tal, y antes que mi madre acabase de decillo, fueron dos de ellos volando por el médico con quien yo me curaba, avisados de mi madre cómo se llamaba y dónde moraba. Venido que fue, tomome el pulso con dos dedos, que parecía que tocaba en los trastes de algún laúd, y mandó que me untasen el corazón con ciertas epitimas que ordenó, y llégase muy de quedo a dos de ellos, que más cerca estaban, y diceles, excusándose mucho, que yo ni mi madre no lo oyésemos: «El pulso es ido camino, sálese de la cámara». Algunos de los galanes comenzaban a consolar a mi madre, que hacía muestra de quererse echar al pozo, y estaban otros alrededor del médico mientras recebtaba para enviar a la botica por remedios, que acabado de escribir la receta, fue uno de ellos en persona a llevarla, y trae, como quedó concertado con el

boticario, las manos ocupadas de alcartaces de Diafórfoles y otras cosas a este propósito. En efecto, que, venidos los remedios, y aplicados, fuese el médico. Vídose mi madre en gran trabajo en enviar los galanes, porque todos se querían quedar allí esa noche, é dormir vestidos para velarme. Venida la mañana tornaron, y tráense de camino al médico, del cual entendieron resolutamente que esa noche moriría si no me reparaban de remedios para el corazón. Ordenó que se buscasen 25 ducados venecianos, y que de ellos se hiciese un cocimiento hasta tanto que se consumiesen todos en el agua. Uno de ellos, el que mostraba quererme más, toma su capa y va en un proviso y tráelos y dalos a mi madre, la cual, como mujer diestra, púsolos en cobro, donde tan presto podrá salir del infierno quien allá fuese, como de su poder. Suma: entre las dietas, ruibarbo, jarabes, epitimas, cordiales y tabletas, manus-christi y julepes y de carbón y leña y aves y de la paga del médico, me vinieron a la mano más de 100 ducados.

ANTONIA

¿No te deshacías en la cama estando sana?

LVCRECIA

Yo me deshiciera estando sola en la cama. Pero el médico me fregaba las espaldas una noche, y el boticario me ponla las epitimas otra, y andaban los capones y buen vino por sus puntos, no comenzándose en Roma candiota de ningún perlado que yo no le hubiese primero la virginidad.

ANTONIA

¡Ha, ha, ha!

LVCRECIA

El mercader que te he dicho, me daba a entender el gran deseo que tenía de haber un hijo, de cuya causa, teniendo comodidad, me hago triste, y a la mañana y a la noche [ne torcía y hacía mil autos, y en comiendo dos bocados escupía cuatro, con decirle, «¿qué cosas tan amargas son estas que comemos?». El me miraba en hito y decía entre si ¡Oh si plugiese a Dios!... é dígotte en verdad que des que él salía de casa, un cavador no comía más que yo, y todavía en su presencia fingía haber perdido el gusto. Vino la cosa a términos que no probaba bocado de lo que a la mesa se traía. É al fin comencé a quejarme que tenía vagido y revolvimiento de estómago y que se me tardaba la costumbre, y descubrirle por vía de mi madre, cómo estaba preñada, y lo que yo dije, confirmólo el médico mi secretario. Por lo cual el gentil hombre, lleno de regocijo, se da a buscar los compadres y a comenzar de comprar capones para cenar, y a proveer la casa de queso, tocino, carbón, manteca; y no había en las plazas fruta nueva que luego no la arrebatase, y me la traía aunque por ella le pidieran una oreja, porque no

desease cosa ni tuviese ocasión de mal parir. No me consentía hacer nada, ni aunque me menease de un lugar, ni llegase las manos a la boca ni rezase. El me daba de comer, y él me sentaba y levantaba; en conclusión, que era para reventar riendo cuando yo me quejaba oírle a él llorar. É dio un día tantos sollozos, que pensé que verdaderamente se muriera de pesar porque me oía decir: «Señor, si deste parto muriese, encomiándoos nuestro hijuelo»; é hice testamento en el cual le dejaba por heredero, y él hizo sacar el testamento y dábalo a leer a unos y a otros, y después les decía: «Mira si tengo ya razón de querer a esta mujer». Y entreteniéndole con estas mentiras más de dos meses, un día hago muestra de haber tropezado é fingí haber movido é dijo a mi madre que echase en una bacina de agua templada una figura de corderito no nacido que nadie le Viera que no jurara ser movito. Y cuando él lo vido, pelándose la mitad de las barbas, hizo un gran llanto, y daba muy mayores gritos cuando mi madre le decía que era macho y que le parecía infinito en el largo de las piernas. En fin, gastó el pobreto, no sé cuántos ducados en hacerlo enterrar y vistióse de luto y publicaba que el mayor dolor que en este mundo llevaría (si ahora muriese) sería no haberle hecho bautizar é meter en ataúd.

ANTONIA

Y ¿quién fue el padre dé ese consejo?

LVCRECIA

Para decirte verdad, fue un carnero, y mi costumbre que sobrevino y juntóse todo y otras cosas que callaré, porque hablemos en algo qué te dé más contento.

ANTONIA

Sea como te pluguiera.

LVCRECIA

Has de saber, que trayendo muchos días el sentido derramado, en qué formas ó modos me podría aprovechar en un tiempo adverso, en fin, vine a caer en una cosa harto útil para ramera. ¿Y que si piensas? Hacer a todas manos, así a lo poco como a lo mucho. De manera que jamás ninguno dormía conmigo, que no se dejase en casa algo del pelo: como camisa, cofieta, zapatos, sombrero, espada, guantes, ó pañecico que se quedase olvidado ó que en mi poder entrase, en su vida más lo había de ver, porque todo aquello hacía cuerpo en mi casa y a cualquier leñador ó aceitero ó de los que venden peros, miel rosada y cantueso, y a los de las pasas y higos, hasta a los que venden pajuelas tenía por amigos. Y entre ellos había pendencias sobre cual era de mí más privado.

ANTONIA

¿Y por qué? Veamos.

LVCRECIA

Porque asomándome yo a mi ventana, y pasando ellos, aunque no hubiese necesidad de lo que llevaban lo compraba y hacía a los galanes que conmigo estaban que la pagasen, haciéndoles dar más del valor de la cosa, por tenerlos contentos y obligados. De manera que ninguno podía entrar en mi casa que por lo menos no le costase un real, ó medio, ó un cuarto, en fin, lo que había de costar. De más de esto, estando con cuatro ó cinco enamorados, venía mi moza de comprar alguna cosa, y como ella estaba impuesta en lo que había de hacer, entraba diciendo: «Señora, no traigo nada porque el dinero que llevé no bastó para lo que había de comprar». Decía yo, malaventurada, faltárate por allá quien te lo diera? «¿Y cuánto te falta, veamos?». Respondía un negro real; llegábame a hacer caricias al más cercano y decíale: «No hay aquí algún hidalgo que me preste un real?». Teníase por menos que el otro el que era postrero en dármelo, y hartas veces cogía cuatro ó cinco (de cada uno el suyo) y desta manera traía mi moza cada día las manos llenas a mi madre de lino y de lienzo, y otras cosas que de aquellos benditos dineros se compraban. Y unos daban el lino, y otros pagaban la hilanza; tampoco faltaba quien diese para la tejedura. Yéndose aquellos y viniendo otros (como suelen) cuatro ó cinco juntos, hacía decir que estaba ocupada y no abría sino a uno solo, con el cual tenía manera con gentil entretenimiento, que el mismo día me enviaba fresada ó colcha, seda de labrar ó sillas de caderas, ó otra cosa buena que él tuviese, por lo cual yo le prometía en pago que viniese a dormir conmigo; él enviaba una cena copiosísima, y venido a la noche a gozar della le mandaba decir que diese una vuelta; él íbase y tornaba y decíanle lo mismo, que no estaba aún desocupada, que diese otra vueltezuela, y habiéndole dicho que volviese dos veces, vino a la tercera, y no le respondieron, por lo cual comenzaba a bramar y hacer fieros, diciéndome de puta, puerca y renegaba del intemerado Jason si no se lo pagaba. Yo riéndome cenaba con otro lo que él había traído, y aún decía oyéndolo ladrar: «Ahí estarás bramón, que a mí poco se me da».

ANTONIA

¿Cómo te lo perdonaba este, si era hombre de alguna calidad?

LVCRECIA

Fuésese quien él quisiese, él se estaba sus tres ó cuatro días con su enojo, y en resfriándose un poco, no se podía abstener de no volver sobre lo que me había dado, con decirme muy disimuladamente que me quería decir veinte palabras. Respondía que veinte mil me podía decir y escucharlas yo. Abierta la puerta subía muy oloroso y perfumado diciéndome: «No pudiera, señora mía, jamás

creer que conmigo se usara tal cosa». Respondiale: «Anima mía, habéisme de creer que yo no amo, ni quiero, ni tengo a otrie en mi memoria sino a vos, y si supiésedes lo que me importaba ir fuera de casa aquella noche, antes aprobaríades la ida que por ella darme reprehensión, y si de vos no tengo conceto que me habéis de sufrir algún descuido, ¿de quién, veamos, lo he de tener? Bien sé que según sois malicioso, que pensasteis que era ida en casa de algún letrado ó procurador sobre algún pleito, y no andáis errado». Entre estas palabras acercábame a él abrazándolo y con esto le sacaba el corazón del cuerpo, y le hacía perder todo el rencor, si alguno le quedaba, de manera que antes que de mí se partiese, picaba el pan en el puño, manso como un cordero.

ANTONIA

Gravemente yerra quien no te da una cátedra en París.

LVCRECIA

Dices tú virtud.

ANTONIA

No en verdad, sino que la mereces por más sabia que ninguna de las que hoy son.

LVCRECIA

Pues quiero que me oigas y veras con qué novela vine a ser rica. Un gentil hombre andaba muerto por mí, y queriéndome llevar consigo por un par de meses a una heredad suya, hice echar fama por toda Venecia (donde entonces vivía) que me iba de la tierra, y hago llamar un pregonero y dile a vender cuantas menudencias tenía y esta venta no se hizo sin que por ello hubieran harto enojo otros enamorados que a la sazón tenía. Y pongo mis dineros en un banco, sin que el galán que me llevaba lo supiere.

ANTONIA

¿Por qué vendiste las menudencias de tu casa?

LVCRECIA

Por hacerlas de viejas nuevas. ¿Quieres ver cómo fue verdad? Así como torné venían mis amigos a proveerme como las hormigas al trigo.

ANTONIA

Cierto; los males que les haces a los mezquinos son ocasión que no te crean.

LVCRECIA

Yo no niego que todas las artes no se busquen para adquirir dineros, haciendo a

los pobreros comer de nuestro estiércol y de nuestra purgación, y aun yo sé de una ramera, que no quiero decir su nombre, que, pensando hacer a uno que anduviese tras ella, le dio a comer pelos y cabellos y cosas gomitadas y hediondas.

ANTONIA

Calla; así Dios te guarde, que no me quedarán tripas en el cuerpo que no lance.

LVCRECIA

Pues oye agora: con una candela hecha de unto de hombre, encendida, he probado y la he hallado muy buena para algunas cosas; pero, en fin, los hechizos y encantamientos que tú hacías con hierbas secas a la sombra, con humo de sogas de ahorcado, con ñas de muertos, con palabras del demonio, son un poco de viento a respecto de lo que ya sé, y te diría si fuese lícito decirlo.

ANTONIA

La conciencia de zarzapelete debe ser tuya.

LVCRECIA

No quiero que me tengas por hipócrita, sino decirte con verdad que sé más que cuantos filósofos, astrólogos, alquimistas y nigrománticos han sido jamás, y he probado cuantas hierbas hay en los prados, y cuantas palabras se dicen en los mercados; y con todas ellas no he podido jamás mover el corazón a un hombre, y con sólo untarlo con mi saliva lo he hecho enmudecerse tan bestialmente por mis amores, y tanto, que se estaba mirándome hecho un ídolo, con ser hombre acostumbrado de andar de una en otra, no mirar a mujer en el rostro mientras yo quería.

ANTONIA

Mira, mira en qué están los secretos del encantar.

LVCRECIA

Ellos están en el seso, y el seso tiene la misma fuerza para sacar dineros de los míseros que tiene el dinero para sacar el seso de los monesterios.

ANTONIA

Si el seso tiene tanta fuerza como tienen los dineros, el seso es más valiente que no fue Roncesvalles, pues murieron en él los doce pares.

LVCRECIA

Más valiente por cierto; pero sigamos nuestro razonamiento. Escribe en tu

memoria esta astucia, que no te desagradará. Yo tenía un amigo tan colérico, como uno que es muy liberal en gastar y no tiene qué, y en sentándosele una mosca en la nariz, ó por otra menor ocasión, no se podía abstener de no decirme mil deshonras, y pasada aquella furia, se me hincaba de rodillas, puestos los brazos en cruz, pidiéndome perdón, y mi gentileza dábale la penitencia en la bolsa. É viendo que me daba lo que tenía, de buena gana, lo hice venir en tanta desesperación (y con que si piensas) con levantarme de cabe él, y irme con otro más ruin que me lo pagaba doblado. Y tomados a reducir en buena conformidad, porque yo fingía de no querer verlo más, ni tener con él entrada ni salida, en fin partió conmigo de todo cuanto tenía; y desta manera hubo de alcanzar a tener paz conmigo.

ANTONIA

Tú hacías con él como cuando algún bellaco procura que le den de bofetones ó cuchilladas por sacar veinte doblas de la bolsa a quien se las dio, que busca todas las ocasiones para en que trompice su adversario.

LVCRECIA

Mas quiero que sepas que era uno de aquellos que lo quería hacer conmigo mesma, pues no vaya él a feria que más gane; pensábase que con decir al confesor siete ú ocho pecados mortales, que cumplía. Pues la más triste ramera del mundo, comete ciento en una hora, é si lo quieres considerar, mira cuántos tendrá una, que por cubrir su altar, descubre mil iglesias ajenas. Hermana Antonia, la gula, la ira, la envidia y la soberbia, nacieron el día que nació el putanismo, é si quieres saber cómo degüella una ramera, mira lo que hace gastar en convites y máscaras, é si quieres saber con qué rabia sale de su casa, que si pudiese en un momento poner fuego a todo el universo, lo haría.

ANTONIA

No hay en eso que dudar.

LVCRECIA

La soberbia de una de éstas excede a la de un villano rico, y su envidia más y más dañosa que el que tiene el mal francés metido en los huesos.

ANTONIA

Hazme agora tanto placer, pues ya otra vez te lo he rogado y me lo prometiste, que no me traigas a la memoria ese mal, que me tendrás por enemiga.

LVCRECIA

Perdóname, hermana, que no me acordaba que lo tenías. La acidia de una mala

mujer y más aguda y más perversa que la melancolía de un escudero que se ve desfavorecido de su señor y sin maravedí de renta que gastar. Y la avaricia de esta tal, es semejante que la de un rico avariento que ha robado al vientre y a su apetito muchos buenos bocados, y lo que ahorra jústalo con los demás dineros que en casa tiene.

ANTONIA

¿Y dónde dejas tú la lujuria de una mala mujer?

LVCRECIA

Hermana Antonia, quien siempre bebe jamás tiene sed, y pocas veces ha hambre quien está de continuo a la mesa comiendo. É si alguna vez nos toca con una gruesa llave, comemos de tal manjar por manera de antojo, como mujer preñada que come de una fruta muy verde ó de una tierra de una pared. Y juróte, así me dé Dios la aventura que busco, que la lujuria es la cosa que menos estimamos, porque nuestro pensamiento no es otro que sacar a todos el cuero y las correas.

ANTONIA

En verdad que te creo.

LVCRECIA

Puédesme muy bien creer porque no te diré punto más que la verdad, ansí ella me valga, que no una vez, sino más de ciento, me ha contecido en este mundo estar seis horas y una noche entera con un hombre, é si quinientas veces me hablaba, tantas yo imaginaba responderle, tan fuera de propósito que hubo alguno y algunos tan faltos de juicio que creían que perdía el sexo por sus amores.

ANTONIA

Antes pensara yo desvariabas con el calor, si era verano.

LVCRECIA

Pues ni era eso ni esotro, sino que dende que en mi casa entraba alguno que hubiese de dormir en ella siesta ó noche, mi sentido é juicio no era otro sino andar de tiendas de lenceros, a las de los plateros, sin dejar ropa vieja ni gradas, ¿y cómo si piensas? —decía yo entre mí— este galán, me dejará a la mañana cuando se vaya, diez coronas, é si yo las he a las manos, luego me cobijo mi manto y voy al dueño de la casa y le doy para en cuenta del tercio que está por cumplir tres ducados, por poderme valer de dos tanto tiempo después que se cumpla. Y de ahí me vengo por la tienda de mi lencero para en cuenta de los fustanes que saqué fiados, darle he otro ducado, por acreditarme con él para adelante, é ansí haré a otros que debo, y trocaré mi saya por otra de más alegre

color, y por ventura echaré un ribete de terciopelo al manto, é si se me antoja, compraré cuatro hanegas de dril que no es mala granjería que las amase mi madre y que las venda mi moza, y del acemite que sobrare, comeremos pan de balde, y sobrarán ahechaduras para criar algunas aves, y si acaso hay priesa que se venda antes que salga del horno, allí es el ganar porque ni va cocido, ni lleva su peso cabal. Ansí que, hermana, cata aquí como haciendo estas consideraciones no se puede tener cuenta con el pecado de la lujuria, y no solamente en esto perdía el tiempo, pero aún en otros mayores desvaríos.

ANTONIA

Ten punto. ¿Nunca esta cuenta te salía mentirosa?

LVCRECIA

Sí, y muchas veces, pues si de continuo saliera verdadera, ¿dónde ocupara tanto dinero? Según la frecuentación de gente que en mi casa entraba, que tal vuelta venía que en la albóndiga valiendo el pan caro, no podía haber más priesa. Pues lo mejor se me olvidaba de decirte, que como venían algunos que echaban dineros de sí como si fueran pajas, había otros tan perversos y refalzados que a poder de juramentos que se les olvidó la bolsa en casa, cumplían; otros si eran mercaderes decían que aquel día no se abrieron los bancos sino muy tarde, y que no pudieron aguardar; pasaban francos y sin pagar el portazgo, pero si tornaban sobre los amores armábales yo con queso donde pagaban lo nuevo y lo viejo, y aun hasta el contento que recibían de haberme burlado me pagaban. Y he aquí bien probado como pensando si me dará algo, si no me dará nada, esto compraré, estotro haré, se me iba el tiempo sin tener más cuenta ni atención con lo que pasaba, como si estuvieran de mí quinientas leguas. Por manera que torna a lo dicho, que en nosotras no es el más grave pecado que cometemos el de la lujuria, antes el menor; mira qué tales serán los otros. Pero por hacerme merced que estés atenta a mil gentilezas que te quiero decir en un punto.

ANTONIA

Dilas, que~ aunque te esté escuchando de aquí a mañana, maldita la pena que reciba, antes muy gran delectación y contento.

LVCRECIA

Tres personas entre las otras me amaban; que eran un pintor y dos escuderos; y la paz que hay entre perros y gatos era la que entre ellos había, y teniéndoles hecho voto a todos tres que viniesen una mesma noche a mi casa, sin que el uno supiese del otro, aconteció que el pintor tomó la mano y tocó la puerta que luego le fue abierta, donde acabado de subir él la escalera é yo, que me quería sentar cabe él, cata, viene uno de los dos escuderos y llama, y como en el llamar fue de mí

conocido, dígole al pintor que se esconda, y haciéndome con él encontradiza en la escalera que subía ya arriba, arriba, lo primero que me dijo fue: «¿No lo haría agora el diablo que me topase yo con aquel bellaco del pintorcillo para darle de garrotazos?». É no oyéndole el pintor por las palabras que yo atravesé, oigo al tercer enamorado dar un silbo que era seña entre él y mí y tornó a silbar para que mejor fuese entendido y le abriese. Considerando qué medio tendría para meterlo en casa, estando los otros dentro, en fin, me determiné a abrirle y hago meter el segundo donde estaba el pintor. É como el tercero subió, las primeras palabras que me dijo fueron: «Pensé hallar alguno de tus amigos, que a estar acá no se excusaba matarlo por mis manos». É no creas, Antonia, que porque él decía esto que dejaba de ser una gallinilla. É dígotte verdad, que siendo oído del pintor, que no sabía que el escudero estaba donde él, ni el escudero del pintor, salieron ambos fuera a un tiempo para conocer quién era el que había entrado tan bravoso; el cual, viendo salir a los dos y queriéndose retraer a un rincón de la cuadra por estar más fuerte, no mirando donde ponía los pies, cayó por el boquerón de la escalera y da abajo un golpazo que se molió por los lomos. Los otros dos, con la ira que tenían bajaron tras él todos tres, que tan mal se querían. Comenzaron una batalla en tercio, a la cual acudió mucha gente de la vecindad y no podían entrar a despartillos porque el uno tenía las espaldas a la puerta y no se podía abrir y creciendo la grito de dentro y la gente fuera, quiso su ventura que pasase por allí el gobernador y paró al ruido, mandando echar la puerta en tierra, y préndelos a todos y da con ellos en la cárcel, sucios y ensangrentados como estaban y manda que a todos juntos los metan en una mesma prisión, jurando que de allí no saldrían jamás hasta que fuesen buenos amigos. Como después lo fueron.

ANTONIA

Cierto; esa fue de las buenas,

LVCRECIA

Mira si fue buena, pues que a todos los forasteros que venían a mi casa lo contaba y estuve por mandar a hacer coplas sobre ello si no fuera tenuta en el pueblo por mujer vanagloriosa.

ANTONIA

Dios te lo pague.

LVCRECIA

Dios lo haga. Y así como en lo pasado hice reír a todos, en lo que agora te contaré los hice llorar. Estando yo en Roma, en la cumbre de mis prosperidades y riquezas, en el tiempo que más estima y valor tenía mi persona y más querida y

servida era, y cuando de mejor gesto estuve, imaginé de hacerme beata encerrada en Camposanto.

ANTONIA

¿Por qué no en San Pedro ó en San Juan de Letrán ó en otras muchas iglesias que hay en Roma?

LVCRECIA

Porque mi intento principal fue mover a piedad a mis enamorados, con ponerme junto a tantos rimeros de huesos de muertos.

ANTONIA

Bien lo pensaste.

LVCRECIA

Y persuadiéndome de tal nombre comencé a hacer la vida santa.

ANTONIA

Primero que me digas más, quiero saber de ti cómo entraste en este frenesí de querer ser beata encerrada.

LVCRECIA

Por hacerme sacar del emparedamiento a costa de mis enamorados.

ANTONIA

Sí, sí.

LVCRECIA

Comencé a mudar la vida, y del primer encuentro di con toda mi tapicería en tierra, y quito la cama de campo y otro día la mesa alta en que comía y púseme una saya parda sin guarnición y quitóme la cadena, gargantilla y anillos y otros ornamentos y aderezos de mi persona y dime a fingir que ayunaba de continuo y que no comía sino una vez al día y negaba a todos la conversación, ni menos consentía que mis amigos me visitasen. Y así de día en día les hacía entender la enmienda de mi vida, por lo cual ellos se desesperaban. Y sabido yo que la fama de quererme entapiar era ya bien pública por toda Roma[^] saqué todo lo mejor de mi hacienda y póngolo en lugar seguro y di por Dios muchos andrajos que no valían nada. Y cuando me pareció tiempo oportuno hago llamar a todos mis amigos que pensaban quedar huérfanos sin mí (a los cuales fuera hartos mejor no haberme conocido) y ruegoles que se sienten, y estando así un poco sentada entre ellos sin hablar comencé a revolver en mi fantasía algunas palabras que dellos en

secreto oído había: haciendo primero muestra de echar veinte lágrimas que no sé cómo tan presto se me estancaban, diciéndoles: «Hermanos, señores y padres, quien no piensa en las cosas del ánimo no la tiene, y si Ja tiene no mira por lo que conviene a su salvación: yo quiero mirallo: por lo cual os hago saber que estoy convertida del predicador y de la leyenda é historia de la Magdalena y medrosa y espantada del infierno, que lo he visto pintado; determino de no ir en lugar tan caluroso porque mis pecados son tantos que temo en gran manera a mi Dios y a su justicia. Por lo tanto, hermanos, yo quiero entapiar esta carnacha». Los pobretos murmuraban unos con otros de ver en mí tanta devoción, en la manera que hacen aquellos devotos que no pueden abstenerse de sospirar oyendo predicar la pasión de Cristo. Y prosiguiendo en mi razonamiento, muy llorando les dije: «No quiero más pompas, no quiero más galas, no quiero más aderezos de casa. La cámara mía adornada por extremo será un palmo de casa desnudo de cosa que en ella haya colgado, mi cama será una carga de paja echada sobre una estera; mi comer la gracia de Dios y mi bebida agua llovediza, é mis ropas de oro y seda qué solía yo traer serán un silicio áspero y grueso». Y teniéndolo a posta se lo mostré y parecían (si te acuerdas) el llanto que hacen los buenos cristianos cuando muestran la cruz de Cristo en el Coliseo. Yo estábame oyendo el planto que hacían mis enamorados, que se ahogaban con el dolor que sentían, y parlaban unos con otros a vueltas del pesar, mas cuando les dije: «Hermanos míos, demandóos perdón», aquí se levantaron con tan grandes gritos, como los habría en Roma si otra vez fuese saqueada (de lo cual la guarde Dios), y echándoseme un asnazo de aquellos a los pies, rogándome que apartase de mí tal pensamiento, y visto no aprovecharle nada, se dio de cabezadas en la pared.

ANTONIA

¡Jesús, y qué gran pecado!

LVCRECIA

Venida la mañana que había de entrar en el emparedamiento jurarás que estaba toda Roma en la iglesia del Camposanto, cruzando la gente con tanto fervor como cuando van a alguna gran perdonanza: y aun no sé si entonces se pudiese juntar más gente. Y has de saber cierto que los que han de justiciar por la mañana, siéndoles notificada la sentencia de antenoche, no recibieron mayor displacer ni turbación que mis enamorados. Y no te digo si muy sobre peine lo que pasa por no detenerme. Yo fui encerrada con temor de todo el pueblo, que decían: «Dios la ha llamado a penitencia»; otros decían: «¡oh, qué buen ejemplo ha dado de sí!»; decían otros: «¿quién tal creyera jamás?». Otros, aunque lo veían, lo tenían por imposible; otros se admiraban y otros se reían, diciendo: «quiero que me ahorquen si ella acaba el mes en el emparedamiento». Fue paso para gozar del y notar lo ver estar los mezquinos en la iglesia buscando

oportunidad para poderme hablar, y en verdad te juro (así me libre Dios del mal que tienes) que el sepulcro de Cristo no fue tan bien guardado de los fariseos como cuanto yo lo fui de ellos. En fin, pasados algunos días (aunque pocos) comencé a dar orejas a sus peticiones con que a todas horas me conquistaban que me saliese, diciéndome que en todo lugar se podía salvar el alma. É por decirte verdad, en una palabra, arrebatáronme de allí y aderezáronme una casa de nuevo, donde me metí, saliendo del emparedamiento que ellos rompieron como si fuera la puerta del Jubileo, comenzando el Papa a quitar el primer ladrillo. En conclusión, yo salí con mejor gesto que nunca: y todos en Roma reían y especialmente aquellos que esperaban en que había de pasar. Decían unos a otros riendo a gritos: «¿qué fue lo que yo dije?».

ANTONIA

No sé cuál mujer pudo pensar lo que tú pensaste.

LVCRECIA

Las rameras no son mujeres, sino diablos, y por eso piensan y hacen lo que yo hice. Y avisóte, hermana mía amada, que una mala mujer siempre tiene en el corazón un pellizco que la hace vivir descontenta; y esto es dudar si ha de ir a vender candelas ó a ser quitadera de cejas ó colchonera; que tú, como mujer sabia, arriba tocaste. É confiésote que por una Lucrecia que se ha sabido valer, hay mil que han muerto en los hospitales. Y maestre Andrés solía decir: «que las rameras y los cortesanos estaban en una mesma balanza». Y este es el puñal ó pellizco que te dije, teníamos en el alma, que es más que en el corazón; pues nos hace imaginativas, pensando qué ha de ser de nosotras en la vejez, si será tener cargo de algunas lámparas ó demanda, ó si hablando una muchacha de buen gesto, la tomaremos unos por hija, ó si será mejor buscalla de edad, que comience desde luego a dar fruto.

ANTONIA

¡Y cuánto he visto yo de esto!

LVCRECIA

Más habré visto yo, que las he visto ponerse de los mejores nombres que hallan; los cuales, mudándoselos cada día, jamás los forasteros pueden atinar cuál es su nombre el verdadero; agora se llama Julia, otras veces Laura, otras doña Paula y doña Berenguela, por ocasión solamente de haber pasado por su calle un señor ó caballero; las verás con más dones a costas que veces han tomado el agua del palo. Y por una de ellas que tenga madre, como la tengo yo, que es la que conociste, hay un millón de ellas sacadas de las cunas de las iglesias y de mesones y casas más ajenas, que es imposible poder adivinar, no solamente

quién fue su padre, mas si lo cuvieron, por ser de hechura de mandrágoras. Y nosotras, si bien miras en ello, nunca dejamos de publicar ser hijas de señores, cardenales y perlados; y es muy gran vanidad, porque hay luego quien nos diga al contrario: por ser tantas las simientes que se plantan en nuestros jardines, que es imposible poder atinar quién haya sido el hortelano de la planta que nació, y es loca la que se desvela en querer saber de cuál grano nació aquel fruto; porque un prado sembrado de muchas y diversas simientes, y todas juntas, y sin ponerles ninguna señal, mira quién quieres que atine.

ANTONIA

Es muy cierto lo que dices.

LVCRECIA

Pues triste del que cae en manos de ramera que tenga madre, dolor del si una vez lo amansan; y si acaso son de edad conveniente, quieren tan buena parte como sus hijas, de donde conviene que ellas mezclen con engaños de las hijas algunos robos, por la cual vía pueden castigar de la bolsa a quien las infama. É siempre ó por la mayor parte se amarran con gente nueva, porque con viejos pocas veces pueden tener buen crédito.

ANTONIA

Esta razón me cuadra.

LVCRECIA

¡En qué peligro se pone un mezquino sobre el cual echan suertes madre é hija encerradas en su cámara!, ¡qué de ladronerías se acuerdan!, ¡qué de crueldades acometen!, ¡qué de hechicerías inventan!, ¡qué de repartimientos y anatomías hacen de su bolsa! É dígame de verdad que Paladinas no podía enseñar tantos tiempos a los que avezaba a esgremir, cuantos una madre adoptiva ó natural a su hija. Dícnles: cuando tu amigo viniere, dirásle esto, y pedirle has estotro, y abrazarlo has a tal tiempo, y harásle caricias desta manera, y tratarle por tal vía, que no hagas del mucho caso, ni lo desprecies tanto que lo uno y lo otro venga a ser extremo. É mientras estuvieses con él, no dejes de acudir a otros, si se ofrecieren. Finge estar muy cuidosa; promete y niega cuando te parezca; pídele siempre que te preste y busque emprestado manillas, anillos, ropas, tocados, plata para bautismos, y procura siempre de hacelle algo menos, que cuando el mundo se hunda, a lo peor que puede venir es volvérselo como te lo dio.

ANTONIA

En todo dices verdad, como mujer experta y muy sabia que sabe lo suyo y lo ajeno.

LVCRECIA

Créemelo de hecho porque así pasa.

ANTONIA

¿Y tú, por ventura, has sido así perversa?

LVCRECIA

De las que orinan como las otras. Mientras fui mala mujer procuré de serlo tan por entero, que en cosa dejé de hacer aquello que una ramera podía^ porque yo no me tuviera por tal, no teniendo intención de serlo tan cumplidamente, cuanto la que más. É si mujer tuvo méritos para ser estimada por ramera, lo fue la Lucrecia que tienes presente, que en mantenerse dende que hubo catorce años, fue maestra. Pero dejemos estas cosas aparte y hablemos de otras que importan más. De cuantos mequinos he hecho hacer pedazos y dar palos y cuchilladas.

ANTONIA

Dilo; así goces de la vejez como gozaste de la mocedad; y también te ruego que me digas si has hecho penitencia por esos pecadillos.

LVCRECIA

Hágote saber que después acá he tomado infinitas indulgencias y perdones; de manera que no pienso que mi ánima ha de ser de las postreras que han de ir al paraíso, así como el cuerpo no lo ha sido en este mundo, y torno a decir que no he de ser de las postreras, aunque permitía matar a los hombres, porque si lo hacía era por grandeza, pareciéndome ser vanagloria de mi hermosura, que relumbrasen espadas por mi calle, y triste del que me hacía algún displacer, que cuando a otro que al verdugo no hallara, me echara con él por vengarme.

ANTONIA

El mal es mal, y el bien es bien.

LVCRECIA

Sea lo que fuere, yo lo hacía hacer, y no me arrepiento dello; pero, ¿qué te podría yo decir de un arte que tenía en hacer rabiar?

ANTONIA

Tal vuelta te vendría que lo pudieses hacer.

LVCRECIA

Hartas y muchas veces tuve en casa diez requebrados juntos, y repartía entre

ellos las caricias y palabras, que parecía que estaban en paraíso. Y de que se me antojaba, apartábame a una cámara con el que me parecía, de cuya causa a los otros se les secaba el regocijo; oíase entre ellos un sospirar con poco remor, que parecían gente extranjera, que sufrían por no poder más, de los sospiros nacían algunos gritillos mezclados con mordimientos de dedos, con dar puñadas encima la mesa y con algunos cantarcillos dichos al falsete, por quebrar en algo la cólera, y paseándose tomaban la escalera en la mano, y bajando iban diciendo mil blasfemias; y si acaso hallaban la puerta cerrada, allí era el hacer como toros bravos.

ANTONIA

Pues la Mendoza no fue tan cruel.

LVCRECIA

Tú eres de las muy piadosas.

ANTONIA

Verdad es que lo soy, y huélgome de serlo.

LVCRECIA

Qué regocijo era de ver en la mitad del placer que alguno conmigo tomaba, pararme a llorar sin ninguna ocasión, y siéndome preguntado el por qué, con fingidos sospiros y sollozando con las palabras decía: «Yo no soypreciada, yo soy desechada de vos; pero tendré paciencia, pues que así place a mi fortuna». Otras veces en partiéndose uno de mí por dos horas, le decía llorando: «¿Dónde andáis? No será mucho que vengáis de casa de alguna que os pegue algún mal que tenga yo que curar»; de cuya causa los necios pensaban que alguien me venía con estas nuevas, ó que yo, de amor que les tenía, lo procuraba saber. É así mesmo lloraba cuando veía alguno que tardaba dos días de no venir a mi casa, haciéndome entender que era por alegría de vello.

ANTONIA

Debías tener las lágrimas en la manga.

LVCRECIA

Has de creer que soy hecha de la masa de unas piedras, que por ordinario destilan agua de sí; pero en toda mi vida pude llorar sino con un ojo.

ANTONIA

¿Y por qué no con dos?

LVCRECIA

Porque las malas mujeres no lloran sino con uno; y las casadas con dos, y las monjas con cuatro.

ANTONIA

Eso me parece a mí que será gustoso de oír.

LVCRECIA

Sería ello gustoso si te lo dijese; pero has de tener por cierto y por muy averiguado que las rameraas lloran con uno, y ríen con otro.

ANTONIA

No te vayas de aquí sin decírmelo.

LVCRECIA

¿No sabes, pobreta, con cuantos años tienes, que nosotras tenemos la risa en el uno y en el otro el planto? Siendo verdad que por cada cosita reímos, y por cada monada lloramos, y que nuestros ojos son como un sol nublado, que agora echa fuera los rayos y luego los esconde, y en el medio del lloro salimos con una riseta, y en lo mejor del reír no falta por qué llorar? Y echar de una cosa risa, de otra lloro, hice yo esto con más gracia que ninguna ramera de mis tiempos, y robé con ellos más corazones que tengo cabellos; y no hay cosa más necesaria que el reír y llorar que te he dicho; pero es menester hacedlo a tiempo, porque si escapa de no ser a buen propósito, no vale nada, y sería como lo que dicen de las rosas de Damasco, que si no las cogen al alba, pierden el olor.

ANTONIA

Cada día se aprenden cosas nuevas; por esto dice bien el refrán «viva la gallina», etc., etc.; y aunque estoy cual me ves agora, no pierdo la esperanza de aprovecharme de más de cuatro cosas de las que te he oído.

LVCRECIA

Después de la risa y del lloro fingido, venían luego las mentiras, de las cuales me precié más que los villanos de los ajos. Y créeme que he dicho más en este mundo que hay arenas en el mar; y hacía que me las creyesen a poder de juramentos que echaba[^] y teníaase de mí tan buen crédito cuando algo decía, que no dijeras sino ésta es un notario apostólico. Yo hallaba para decir cosas inauditas, y de allí venía a dar en mis deudos y en mi hacienda; imaginaba cosas extrañas, y reducíalas a mi propósito, y afirmaba tenerlas apuntadas. Tenía asimismo en mi aposento una tablilla donde estaban escritos los nombres de

todos mis enamorados y repartía entre ellos las noches de la semana, dejando afuera al que aquella noche había de dormir conmigo. Y si tú has visto la orden que tienen en las escuelas de los muchachos en ciertas tablillas que están colgadas a la puerta donde están escritos los nombres de todos.

ANTONIA

Bien rae acuerdo haberlas visto.

LVCRECIA

Esto, pues, es lo que te digo.

ANTONIA

¿Qué tienen que hacer las mentiras y devaneos que tú decías con la tablilla que tenías colgada de los nombres?

LVCRECIA

Yo te lo diré. Los necios, estando seguros por la tablilla que les notificaba la noche que les cabía, hallábanse engañados muchas noches, porque metía yo uno por otro, y esto no sólo una vez me aconteció, pero muchas.

ANTONIA

Agora acabo de conocer quién eres.

LVCRECIA

Oye esto, y ruégote mucho que estés atenta. Pedí prestada una cadena de gran valor a uno que de mi hermosura estaba contentísimo. Y él pidióla a otro que se la quitó del cuello a su mujer por prestármela, y púsomela él de su mano el día que el Papa da los dotes a tantas pobres doncellas en el monasterio de la Minerva.

ANTONIA

El día de la Anunciación, dices.

LVCRECIA

Verdad es que este propio día fue cuando me la puso, pero túvela poco.

ANTONIA

¿Por qué poco?

LVCRECIA

Porque así como entré en la iglesia y vi tanta multitud de gente, pensé en hacer

mi hecho, y quitóme la cadena del cuello, y dóisela a uno, que me era más secreto que el confesor; y métome en la mayor apretura, y de que estuve allá bien dentro, comienzo a gemir, y a llorar, y a mirar a todos en las caras, y comienza tu Lucrecia a poner la voz en el cielo, diciendo: «¡ay mi cadena, que me llevan mi cadena! el ladrón, el robador»; y comienzo a echar las otras en el suelo y a mesarme, y hago tan gran rumor que todos cuantos en la iglesia había se alborotaron. El alguacil acudió a los gritos y prendió a un desventurado que en el rostro hizo una muestra de turbarse, creyendo que fuese el que había hurtado la cadena, y llevado a la cárcel, tardó poco que no lo ahorcaran así en caliente.

ANTONIA

No quiero oír más.

LVCRECIA

Rogarte la han buenos, y todavía lo harás.

ANTONIA

Quiero hacerlo hasta ver en qué paró ó qué fue lo que dijo el que te prestó la cadena.

LVCRECIA

Yo, salida de la iglesia y todavía llorando, torciéndome las manos, me vine a casa y encerreme en una cámara y díjele a mi criada: «No suba acá nadie que me dé enojo más del que yo tengo». Estando en esto vino el amigo que me prestó la cadena y entró en casa, y queriéndome hablar, no hubo remedio; por cuya causa él llamó y llamó y dio golpes y golpes a la cámara do me estaba, diciendo: «¡Lucrecia, Lucrecia, ábreme, ábreme, no te desespere aquesto!». Yo, fingiendo no oírlo, decía, antes recio que quedo: «¡Ay, mezquina de mí, triste de mí, malaventurada, desdichada entre todas las mujeres, desgraciada más que cuantas nacieron! ¿qué haré, que será de mí?; quiéreme meter con las arrepentidas ó echarme en un pozo». Y levantándome de la cama donde estaba recostada, digo sin abrir la puerta de la cámara a mi criada: «Ve y llámame luego un pregonero que quiero vender todo cuanto tengo, y con el dinero que dello hiciere pagaré la cadena». Y hecha muestra de querer ir la moza a llamarlo, el bueno del galán tornó a dar recias voces diciendo: «¡Abrid, abrid, que yo soy!». En fin, le abrí y entró, y así como le vi di tan grandes gritos, diciendo: «¡Triste de mí que soy destruida, malaventurada de mujer a quien tantos desastres siguen, y si pensare quedar sin camisa no quiero que perdáis blanca del valor de la cadena!». Y a todo esto mis ojos eran unas fuentes derramando lágrimas de hilo en hilo. El hacía con los dedos ciertas señales de no dar fe de mucho consolándome. Vino la cosa en términos que durmió conmigo aquella noche, y tuvimos tanto regocijo que no se

habló más de la cadena.

ANTONIA

En fin, ya he dicho que eres una gentil boticaria.

LVCRECIA

Si no recibes pesadumbre direte otras cosas que se me van acordando.

ANTONIA

Huélgome tanto de oírte que me pesará cuando venga la noche que nos ha de despartir.

LVCRECIA

Has de saber, hermana, que en un poco de tiempo que viví en Pamplona un viejo flaco y rancioso, se emborrachó de mi hermosura y yo de su bolsa. É queriendo él gozar de los amores como de las cortezas del pan un desdentado, se le iba todo el tiempo en abrazarme y en tentarme y en proveerse de eletuarios y preparativos y con todos estos remedios, jamás pudo a derechas poner en efecto su deseo. É si algún poquito hacía muestra de poderlo hacer encontinentemente se le apagaba, que propiamente parecía una lámpara que no tiene más aceite que para mostrar estar encendida, y no aprovechándole nada de lo que hacía, acordé, antes de que se le quitase del todo la posibilidad y gana de verme, hacer lo que te agrada de oír. ¿Y que si piensas? Tomo un día y convidó a todas las mujeres enamoradas que yo conocía y hágoles un banquete[^] que todo se aderezó de su dinero y pídoles prestadas treinta piezas de plata para el servicio de la mesa, más por hacer lo que oírás que por fanfarronería de mostrarme rica; de las cuales, cuatro de las mejores le fice menos y venido a la noche a dormir conmigo, tomó las veintiséis y echóselas en el regazo y contándolas él para darlas a un su criado que las llevase a casa no las quiso recibir porque faltaban cuatro; levantóme a él dando gritos muy enojada; dígoles: «¿por qué tenéis tan mala condición? Andáis porque me entre mal provecho la cena. Si por eso lo habéis tomad cuanto tengo y vendedlo y pagaos»; y todavía muy enojada levantóme de cabe él y métome en mi cámara. Como él me vido tan en cólera, levántase y vase tras mí y comienza a halagarme y a darme mil abrazos y mil besos; en fin, quedamos amigos, con que fizo juramento solemne de que en todos los días de su vida a mí ni a otrie prestaría pieza de plata.

ANTONIA

Ya he dicho que eres de las finas.

LVCRECIA

En tomar de nuevo a uno por amigo fue ni más ni menos dulce. De modo que todos los que me hallaban la primera vez me iban alabando; pero de que me gustaban me hallaban como un acíbar. Y así como en los principios mostraba parecer mal las cosas mal hechas, así en los medios y fines las que eran buenas. Porque, a usanza de buena ramera, recibía gran deletación en sembrar escándalos, tramar peticiones, poner cisma entre amigos, oír decir afrentas, hacer venir a las manos, poniendo yo lengua en los principales y haciendo juicio del Emperador y del Gran Turco y de los reyes comarcanos: tratando de la carestía del tiempo y de la riqueza del duque de Ferrara, y dando a entender que las estrellas eran del tamaño de las ruedas de las carretas y no mayores, y que la luna era hermana bastarda del sol, y de ahí faltaba en el blasón de mis armas y de mi linaje, y daba otra vuelta por duques, condes y marqueses, y afirmaba que en las mismas dignidades y honra que ellos me había criado, y con tanto descanso, que no se ponían en la cama donde yo dormía sino colchones de seda, y con esto hacía a mil bobos estarme escuchando de rodillas, las bocas abiertas.

ANTONIA

Pues ya yo no te quiero escuchar más.

LVCRECIA

Déjame acabar mi cuento. Una señora, según que dicen, no hace estos descaxcamientos vanos, ni toma renombres tan altivos, como las ramera hacen, que unas publican ser hijas del duque Valentino, otras del cardenal Ascanio, pues dime que echan mano de los más ruines apellidos, sino que de Guzmán abajo no se precian; é si de ahí disparan, publican luego que en las Montañas ó en Asturias tienen solar conocido. Pues ver algunas sellar sus cartas con grandes y bravosos sellos, es gran donaire. Y no creas, hermana, que los títulos que ellas mismas ponen las hacen mejores; antes con ellos son tan sin amor y tan sin caridad ni piedad, que si San Roque ó San Antonio les pidiese limosna, no se la darían sino por el miedo que les han.

ANTONIA

¡Jesús y líbreme de tales mujeres!

LVCRECIA

Cierto que mejor sería echar las cosas a la mar que darlas a semejantes, que tanto te precian después que les has dado una cosa, cuanto te fingen agradar antes que se la des. Pues una sola cosa buena tienen, que es mantener la fe. Son en esto peores que diablos. Y por la mayor parte las ramera tienen miel en la boca y navajas en las manos, y verás dos dellas besarse desde los pies hasta la cabeza, y desviadas la una de la otra, se dicen cosas para tapar los oídos. Pues oirías

publicar mal de los hombres es el donaire cuando ellas están en cuadrillas, y como en entrando les hacen caricias, sea quien se fuere, con tal que entre con el pie derecho gastando, que no durará más un punto la muestra de quererlo cuanto durare el dar. Y de cómo dejan a uno y se arriman a otro que tiene pluma, y cómo aventajan a éste entre todos, et teniéndolo con decille mil veces a la hora «vuestra señoría»; y en saliendo de casa, por dar lugar a otros que vienen a conversación, al salir les ha mil caricias de lengua, y no han puesto el pie é calle cuando a las espaldas le quedan haciendo tos, y con las manos cuernos, é dicen: allá irás, traidor, prolijo y otras peores cosas.

ANTONIA

¿Por qué lo hacías así?

LVCRECIA

Porque una mala mujer no parecería serlo si no fuese traidora con gracia é privilegio; y a la que esto le faltase, sería como cocina sin cocinero, ó como comer sin beber, ó lámpara sin aceite, ó macarrones sin queso.

ANTONIA

Dejemos eso, por vida mía, sino tornemos a tus hechos en particular, que huelgo más de oírlos que de oír recitar comedias.

LVCRECIA

Agradézcote este favor; pero ya que sé que deleitas en oírme, diré lo que más se me acordare. Has de saber que vino a Nápoles un mozuelo de dieciocho años, mercader de noble generación y rico, y del primer boleo, me le echaron a las manos, que donde quiera que iba procuraba detener amigos que me encaminasen provechos; de manera que, dende luego, publiqué quererlo infinito, é tanto más era el cuidado que tenía de roballo, cuanto a él no le faltaba de holgarse conmigo, y para acreditarme más con él, comencé a enviar allá mi moza tres ó cuatro veces al día, unas veces a que viese cómo estaba, otras a suplicarle tuviese por bien de venir a holgarse a esta su casa; y doime a publicar por todo Nápoles que me moría por él, é que estaba por recibir la extremaunción; decían algunos: «¡en qué ha caído esta puta!, é mira en qué se tomaba sino con un muchacho, que le henchirá la boca de leche». Yo a todo lo que me decían callaba y estábame quedita como gata mansa, gustando del y persuadiendo a todo el pueblo, que ni dormía ni comía de enlevamiento y desatino que de sus amores tenía, é fingía, durmiendo de noche, mentallo, como que hablaba con otras, y deciales que sus lindos ojos eran los que me habían cativado. El muchacho oíalo todo que dormía cabe mí cada noche, que no lo osaba largar de la mano, porque como era codicioso y ha fama de rico, por ventura otras golosas como yo no me lo cazasen.

En efecto, que recibiendo él de mí algunas buenas cenas y otros servicios, se iba agradando y mostraba a todos sus amigos un anillo con una turquesa que yo le había dado, que valía medio ducado escaso. É siempre que conmigo dormía no dejaba de decirle: «Mira, si tuvieses necesidad de dineros, que me los pidáis, que yo los proveeré, pues lo que yo tengo es vuestro, siendo yo, como soy, vuestra». Y por estos regalos y favores que yo le hacía, paseábaseme por la calle muy ufano y contento, y señalábanlo muchos con el dedo, diciendo: «Mira Lucrecia, cómo se enamoró de su nieto». En conclusión, que vino a mi casa un día el príncipe de Salamo, estando ahí mi muchacho, y hágolo que se metiese en la cámara, y mando que abran y sube. El muchacho para meterse de presto, cayósele en el suelo un pánico de narices, y el príncipe alzólo é díjome después de haberme saludado: «Este pañecico debe de ser de vuestro enamorado Fulano, nombrándole por su nombre». ¿Qué le respondí si piensas? «Sí que es suyo, y lo amo y quiero más que a todas las cosas del mundo, y lo tengo por señor, y le soy servidora y lo seré hasta que muera». Agora estima tú, oyendo lo que del decía al príncipe a sus oídos, qué hueco estaría. É acabado de irse el príncipe, sale a mí los brazos abiertos, y de tan ufano no fue por decirme muchas gracias, por la estima que del había hecho, sino paseándose como hombre que pensaba tener en mí y en mi casa el pan y el palo (como dicen), mandándome a mí é a mi ama y a toda la casa. Aconteció que, queriendo un día que nos holgásemos como solíamos, yo no quise y voime en casa de otro enamorado que él conocía; y como él no era usado a aquellas burlas, toma su capa y vase gruñendo, echando palabras al aire, y estáse un día que no tornó a casa, esperando que enviase a rogarle que tomase) como otras veces solía; y no viendo que se hacía como él pensaba, entróle el diablo en el pensamiento é viene a mi puerta a llamar y fuele respondido: «La señora está acompañada»; y como esto oyese, quedóse casi hecho piedra mármol, caído el hocico sobre los pechos, con la boca muy amarga é los labios azules, con los ojos tiernos y el corazón dándole saltos, é temblándole las piernas como si se levantara de dolencia. Yo vía todo lo que pasaba por un agujero de mi gelosía, é pasando cerca del un muy grande amigo suyo, le habló con solamente menear la cabeza, sin mirarlo, é volviendo otra vez a la tarde, mandé que le abriesen, y hallóme con unos siete ú ocho enamorados en buena conversación, é de ver el poco caso que del hice, que no le dije aun por lo menos sentaos, é visto que yo no se lo decía, él mismo se tomó la licencia; y arrímase a un canto de la cuadra, sin alegrarse de cosa que viese ni oyese, y estase quedo hasta que todos fueron idos, é quedando solo, me dijo: «¿Estos son los amores?, ¿estas son las caricias é ofrecimientos que me hacías?». Respondile: «Yo, hermano mío, has de saber que de tu bondad y de mi simpleza quieren representar una comedia las mujeres enamoradas de Nápoles. É mis amigos é requebrados no quieren darme nada diciendo que gozas tú de sus sudores, y en caso que quieras que sea yo la que siempre te he sido, has de hacer una cosa»; é

como esto me oyó, alzó la cabeza, que hasta entonces no me había mirado la cara. En fin, profirióseme que haría por mi amor cuanto a él fuese posible. Díjele entonces: «Yo quiero hacer una cama de campo de carmisí pelo, que, echada la cuenta, con la seda y flocaduras, madera y hechura, me allega a ciento noventa ducados, poco más ó menos. É porque mis amigos vean que no te doy yo, sino que tú me das a mí, conviene que me los des, é si no los tienes, que te empeñes ó los tomes a cambio, é al tiempo que se cumpla el plazo, deja tú hacer a mí, que ellos contribuirán con su parte, de manera que antes vengan a sobrar diez ducados que no a faltar uno». Lo que me respondió, sin más determinarse, fue decirme en mitad de la barba: «Eso no puedo yo hacer, porque mi padre ha avisado a todos los mercaderes que nadie no me fíe, que lo perderán»; é volviéndole las espaldas, le dije que luego, ala hora, se fuese de casa. Él vase, y dende a dos días envióle a buscar; é venido, dígole: «Ve a hablar a un logrero que se llama Aguirre,» y él te prestará el dinero sobre un alvalá de tu mano»; él fue, é habiéndole dicho al logrero lo que quería, le respondió que él no prestaba sino sobre prendas, y que valiesen el doble, por lo menos; tornó a mí a decirme lo que con Aguirre le había pasado, é viendo por allí no poder conseguir mi deseo, remítolo a otro mercader conocido mío é dígole: «Ve a él, que él te dará joyas fiadas de que podrás sacar la cantidad de lo ciento é noventa ducados, y el logrero Aguirre te las comprará. En efeto, que el mercader se las fió y el logrero se las compró, é a mi mano vino el dinero todo é a él se las fiaron por dos meses.

ANTONIA

¿Qué quieres decir por esto?

LVCRECIA

Las joyas eran mías y el dinero también, é luego el logrero Aguirre me las tomó, que lo que yo pretendía era facello obligar para lo que oirás. Estando en esto dende a quince días, envió a llamar al mercader é dígole: «Toma este contrato y vete ante el gobernador é jura que por cuanto este es forastero y no arraigado, y que tienes sospecha que se quiere ir a su tierra, darte ha un mandamiento para que lo prendas ó se arraigue». El mercader, siguiendo mi consejo, vino a dar con el pobre muchacho en la cárcel, donde, antes que de ella saliese, pagó y repagó lo que debía, porque no usan los mesoneros dar de comer fiado.

ANTONIA

Yo ha más de dos horas que te escucho, y digo que no hay mujer nacida más necia que yo en medio mundo.

LVCRECIA

Pues venía el tiempo de las máscaras en Roma, é vieras el tormento que daba a

los pobres caballos; qué destrucciones hacía de ropas; y comenzando en uno de mis enamorados, el que tenía más voluntad que posibilidad: serían pocos días después de Pascua de los Reyes cuando las máscaras andan en regocijo, mi galán, que era todo humo, me dijo viéndome estar como uno que quiere ser entendido sin hablar; «¿Vos no os habéis de hacer máscara?». Respondíle: «Hermano, yo no nací para esos placeres, sino para guardar la casa, porque una pobre gelosía que a mi ventana está me lo excusara; de más, que no tengo que vestirme». Dijo él: «De hoy en ocho días quiero que nos hagamos máscaras muy de arte». Yo callé un rato, que nada respondí, y después, abrazándolo, dígole: «Corazón mío, y de qué manera piensas hacerme hermosa máscara?». «A caballo, dijo él, y vestida por excelencia, que yo habré el caballo jinete del reverendísimo cardenal de Médicis, que a contarte la verdad, su caballerizo me lo ha prometido». Respóndele que yo lo acetaba, pero que para antes se aparejase, porque no me podría el corazón sufrir a aguardar tanto tiempo, sino que para otro día luego siguiente se aparejase, y la primera cosa que le pedí que proveyese, fue de un par de calzas, y díjele que por no meterlo en tanta costa llevaría su sayo de terciopelo, y que las calzas tampoco las hiciese muy costosas. É dígole: «Proveerás a uno de tus amigos para que vaya cerca de mí, porque si cayese me ayude a cabalgar. De que le acabé de decir esto, parecióme que le vía torcerse, é mucho más cuando me dijo: «Soy contento casi como arrepentido de haberme puesto en sobresalto». De cuya causa le vine a decir: «Tú lo haces de mala gana; déjame estar, que yo no quiero enmascaramme». É queriéndome entrar en la cámara, me tuvo diciendo: «¿Tan poca confianza tenéis en mí, pese a Judas?». Y enviado a su criado por la ropa, mándale que de camino que llame un calcetero, y teniendo ya yo el paño en casa, así como vino me fue tomada la medida de las calzas, y en tres horas se me trujeron hechas. Estaba él presente cuando vino el calcetero con ellas y ayudómelas él a calzar y decíame: «Parece que os vienen nacidas». Y estando ya yo vestida de hábitos de hombre, le dije: «Anima mía, ya sabéis que quien da calzas tiene obligación a proveer de zapatos, y querría mucho que fuesen de terciopelo». Y no aprovechándole contra mis importunidades decir que no tenía dineros, le hice que se sacase del dedo una sortija de oro y envióla por prenda del terciopelo, é como el mozo vino con ello, lo envié al zapatero con quien yo me calzaba, que ya él sabía mi medida, los cuales en una hora fueron hechos. Después desto, le saqué una camisa suya labrada de oro é seda, é no de la caja, sino que la traía vestida.

ANTONIA

Ya no te faltaba sino que le pidieras las pestañas.

LVCRECIA

No lo dejara de hacer si fueran de provecho. É sin pedirle licencia, alargó el

brazo é quitóle una buena gorra de terciopelo que traía tocado, con decirle: «Esta gorra llevaré y por acá buscaré clavos y medalla de oro que le ponga». En fin, él, muy tibio en dármele, se va a su casa y saca otra vieja que la tenía profetizada para su mozo. Ahora viénese la tarde é quien lo viese andar detrás de mí, que si subía arriba subía conmigo; si bajaba abajo, bajaba conmigo; no parecía sino que era alguacil que me guardaba, no me huyese de la prisión. Pues más quiero decirte: que a las diez de la noche lo envié, a que me comprase una pluma blanca para la gorra, y después lo hice tornar por la máscara, é porque no era de las muy finas de Módena, se la hice tornar y que trújese una de las que decía, é cansado, muerto de ir y venir, le hice volver por dos docenas de cintas de atacar.

ANTONIA

Paréceme que le debieras mandar que hiciera de un viaje todos esos servicios.

LVCRECIA

Pudiera, pero no quise.

ANTONIA

¿Por qué no quisiste?

LVCRECIA

Por parecer señora en el mandar, como lo era en el nombre.

ANTONIA

¿Durmió contigo, veamos, la víspera de esa fiesta?

LVCRECIA

Con mil suplicaciones pudo acabar conmigo, que le dejase dar un abracijo, diciéndole: «Mañana en la noche me darás veinte, no contentándote con diez». Agora, venido el alba, lo hago levantar, diciéndole: «Anda, ve y haz echar de comer aquel caballo, y que esté muy limpio y aderezado; de manera que, así como yo haya comido, pueda cabalgar con él. Él se levanta y vase, y así como salió de mi casa, topa luego al caballero, y con palabras muy blandas le dice: «Vengo por el caballo». El caballero no le respondió nada. Dijóle él: «Debéis de querer ser ocasión de que pierda yo el crédito con mi amiga». El caballero le respondió: «No quiero eso, en verdad, sino que el reverendísimo mi patrón tiene en mucho el caballo, y sabiendo la propiedad de las ramerías, que no guardan cosa que no procuren destruirla, no querría que se me aguase el caballo, ó le viniese otro mal, de manera que me echádes a mí a perder de otra manera que no lo quedaréis VOS no dándooslo». Y él le rogó é importunó tanto, que el caballero le dijo: «No puedo faltáros, sino que el caballo se os dará». Y mandó

a un mozo que tenía el caballo a cargo que se lo diese, é parece ser que entre el caballero y el mozo debía haber otro acuerdo.

ANTONIA

Grandes traidores son estos mozos, y verdaderamente tienen a sus amos por enemigos.

LVCRECIA

No hay en eso que poner duda. Venida la hora del comer, que comíamos juntos, apenas le dejé engullir cuatro bocados, cuando le dije: «Haz comer ese mozo y vaya por el caballo». Y cuando creí que lo traía, volvió sin él. Subido arriba, dícele que el mozo de caballos que lo tenía a cargo no se lo quiso dar, porque el caballero quiere hablar primero con él. Y no le hubo acabado de decir el recado, cuando le dio con un plato en la cabeza.

ANTONIA

¿A qué propósito le dio?

LVCRECIA

Dióle porque quisiera que lo llamara de cabe mí, ó le hiciera la embajada en la oreja, que no lo oyera. É como yo lo oí, dije: «Ello está bien, por cierto; buena está la burla. ¿Vos érades el que me habíades de hacer la más hermosa máscara que se hiciese en Roma? Bien cierta estaba yo que ello había de pasar así. Pero esta será la postrera que burlaréis de mí; harto loca he sido yo en creeros y someterme a vos. Pero lo que peor de esto siento es lo que se dirá de que no fuestes para sacarme en máscara». Y comenzando él a decir: «No tengáis duda que el caballo vendrá», le vuelvo las espaldas. Él toma su capa y vase en casa del cardenal, y andaba por casa besando las manos a cada mozo de caballos, porque le dijese dónde estaba el caballero. Y tanto les rogó y prometió, que le hubieron de dar el caballo. É yo, que cada rumor que oía me paraba a la ventana por ver qué era, creyendo que fuese el caballo, veo venir al mozo todo sudando y arrastrando la capa por un lado, que venía a decirme que ya traía el caballo, y acabado de darme el recado, veo venir uno que lo traía de rienda y venía renegando de cuyo era, y aun más adelante, tanto era el retozar é saltar que el caballo hacía, que no se podían valer con él. Cuando yo lo vide, estúveme queda en la ventana.

ANTONIA

¿Por qué?

LVCRECIA

Porque la gente que pasaba viese que aquel caballo se traía en que yo cabalgase. Holgábame infinito de ver venir mil muchachos tras el caballo, los cuales todos decían: «Aquí mora la señora que se ha de hacer más cara». Y dende a un cuarto de hora llegó el galán muy cansado, diciendo: «Para estas cosas es menester enviar hombres que las sepan negociar y sea diestro; otra media docena de caballos que quedan allá a mi mandado»; entretanto, llegóme a él é abrazólo y pídole el sayo de terciopelo que me había dicho que me haría traer, y como él no lo tenía quiso fingir que a su mozo se le hubiese olvidado; pero no aprovechándole el descuido, le hice que enviase a su mozo a casa de un amigo por uno, y trújemelo y él me lo puso é me subió las calzas, é faltándome trenzas, se quitó las con que él estaba atacado, que con una sola palabra que yo le decía bastaba a roballe cuanto tenía y esperaba tener. Acabado de componerme, en lo cual tardó gran rato, con mil donaires y novelas, me puso encima del caballo y voyme y él quédase en casa. Como él me vido ida, envía por un rocín de un amigo suyo, prestado, é vase tras mí y encuéntrame en el puente de San Angelo é tómame por la mano, é holgara él que toda Roma estuviera presente para que vieran el favor que yo le hacía. Y andando así, llegamos donde se venden los huevos dorados de fuera y de dentro llenos de aguas de olores, y llama a su mozo y toma un par de docenas dellos é quítase una cadenilla portuguesa que traía al cuello y déjala eu prenda é llevólo de la mano a una calle, hasta que, topadas una cantidad de máscaras, me tiene con ellas envuelta, é dejólo a él quedar por badajo. Como me vi en el Burgo, junto al sacro palacio, comienzo a correr mi caballo é darle de las espuelas, sin tener respeto a nadie, y de que hube dado media docena de carreras, tórnalo a topar, é hago del tanto caso como si no lo conociera. Venida la noche, lo tomé a topar, que venía yo cantando en compañía de otras máscaras, y dejándole que me tomase de la mano, hablé a las otras, diciendo: «Buenas noches, buenas noches a toda la compañía»; é quitóme mi máscara, é llevándomela en la mano, le digo: «Bienaventurada la que te pudo ver; tú me dejaste, y yo sé bien por qué». Excusábase él con jurar que siempre había andado en mi busca y que en ninguna otra cosa había entendido, y andando de plática en plática, fuimos a parar a la plaza llamada Campo de Flor, y parándome a la puerta de una que vendía caza, eché mano a un par de buenos capones, de dos docenas de zorzales gruesos, é doilos a un mozo de otro enamorado mío que me acompañaba, para que me los llevase a mi posada; díjele a él que mandase pagar. Fuele necesario dejar la espada en prendas, y no contentándose el dueño de la casa con la prenda, se sacó una sortijica muy sutil del dedo, que se la había dado su madre cuando se vino a Roma, la cual estimaba tanto, cuanto yo tenía cuidado de descañonarlo. Y no habiendo en mi casa velas, carbón, ni pan, ni vino para la cena, é queriendo yo que lo proveyese todo é no gozase de nada, comencé a reñir con él sobre celos, tomamos a ley pláticas pasadas y comiéndole a repreguntar en qué había gastado la tarde. Él, por barajar

la plática, comenzó a querer proveer del resto que faltaba; miró por su mozo, y no estaba allí, que era ido a llevar el caballo; y fue tal, que hizo juramento el caballero de no prestarlo más en su vida, aunque fuese para el Papa. En conclusión, él fue por la cena, y estando que nos queríamos sentar a la mesa, oigo en la calle uno que escupía é tosía a manera de hacer seña, lo cual fue mucha parte para que el pobreto desesperase. É asomándome yo a la ventana, é conociendo al que llamaba, bajé de presto é voime con él, dejándolo solo, sin que en toda la noche durmiese sueño ni hiciera otra cosa que gruñir é pasearse, diciendo que me había de hacer y acontecer.

ANTONIA

Si a mano viene, tampoco cenaría.

LVCRECIA

Ni cenó ni aun probó cosa sino siendo el alba; é viendo que no venía, se fue de casa é volvió quinientas veces por cobrar de raí el sayo de terciopelo que me había buscado prestado, y su moza otras tantas primero que lo hubieron a las manos, y al fin le quité las mangas y les hice entender a amo é criado que no las había traído.

ANTONIA

Es verdad que usaste de gran civilidad con un hombre que te quería bien y procuraba de servirte en todo lo que podía.

LVCRECIA

Ella fue civilidad putanesca y no menos graciosa que la que me pasó con un mercader portugués que traía de la isla de la Madera mucha cantidad de azúcar, el cual me dejó en las manos hasta las cajas, por el dulzor de otra cosa que azúcar. É mientras le duró el amor, hasta en la ensalada mandaba echar azúcar. Y probamos de mi miel (que era de lo que él más gustaba); bien entiendes por quién digo; porfiaba que su azúcar era acíbar en comparación.

ANTONIA

Bien le debías de agradar entonces.

LVCRECIA

También fue llorando y las manos en la cabeza como los otros; pero pues se me acuerda agora, te diré lo que me pasó con un Senés.

ANTONIA

¿No pudiera ese escapar de tus manos, siquiera por ser de tan buena tierra?

LVCRECIA

Él, siendo venido de pocos días a Roma, paseándose por mi puerta, me hacía señas con los ojos, y ninguna vez topaba con mi moza, que no le preguntaba por mí, y si acontecía llevar algo en la mano, preguntábale si aquello era mío, y otras veces le interrogaba: «¿En qué entiende la señora?». Respondíale mi criada: «Está presta para hacer lo que vuesa merced le quisiere mandar». Aconteció que, pasando un día de largo por la calle haciendo las mismas señas que esotras veces, asomándome yo a la ventana, vídelo y dije a mi criada: «Baja de presto y haz al Senés que pague el portalgo de la calle, pues nos la tiene embarazada a todas horas». Mi moza hácelo así, y bajada, abrió la puerta y pónese medio cuerpo fuera y medio dentro, y llega el Senes, y mientras que él abrió la boca para saludarla, dijo la moza con voz sonora: «Primero que acá vengas, bellaco rapaz, se te quiebren las piernas; nunca el diablo acá te traiga; así me tienes podrida y deshechas mis carnes de aguardarte. «El Senés, acercándose un poco más a la puerta, le preguntó: «¿Qué cosa es esta?». Respondióle: «Señor, estoy a mandado de vuesa merced». Dícele él: «Pues sabed que soy muy servidor de la señora, y deseo que venga a su noticia». «¿Qué respondió mi criada, si piensas?». Finge no haber entendido lo que dijo el Senés y dícele: «Podridas tengo las carnes, que ha cuatro horas que estoy aquí atendiendo a un pajecillo de mi señora que lo envié a trocar un doblón, para dar un ducado a un criado del arzobispo de Rosano, que le trujo una pieza de chamelote de seda empresentada, y de ver que el rapaz no viene y que esotro se querría ir, estoy la más acongojada del mundo».

ANTONIA

Esa tal moza bastaba a hacer rica a su ama.

LVCRECIA

Por eso dice el refrán: «No con quien naces», etc., etc.

ANTONIA

Dime en qué paró, que muero por oírlo.

LVCRECIA

El necio, queriendo ser conocido por hombre liberal, echó mano a su bolsa y dícele a la moza: «Sabed, hermana, que sin comparación amo a vuestra señora». Y saca cuatro escudos y póneselos en la mano. Haciendo de la reputación, le preguntó: «¿Es verdad que la señora tiene noticia de mí?». La moza, sin responderle ni ser llamada, cierra la puerta y subiósese arriba, dejándole en la calle, como hombre que fue desechado de bodas, no siendo llamado para ellas.

ANTONIA

Por cierto él fue pagado como merecía.

LVCRECIA

Dejemos estas menudencias y hablemos en la de los gatos.

ANTONIA

¿Y qué gatos?

LVCRECIA

Debía veinte ducados a uno que vendía tocas, y no teniendo más pensamiento de pagarle que agora llueve, procuré formas cómo ponerlo en efeto. Yo tenía dos gatos muy hermosos, y estando parada a mi ventana, veo al toquero que venía por los dineros; dígole a mi moza: «Dame acá uno de aquellos gatos y toma tú el otro, y en subiendo el toquero, fingiré quererlos matar y tú porfía a no consentírmelo», y no bien lo había acabado a mi moza de decir lo que había de hacer, cuando el toquero había entrado y comienza a subir la escalera.

ANTONIA

¿No llamó primero a la puerta?

LVCRECIA

No, porque la halló abierta, y como subió arriba, era tanta la grita que yo daba, diciendo: «¡Mátalo, mátalo, muera el traidor y no viva más!». Mi moza, casi llorando, me rogaba que los perdonase esta vez, que ella salía por fiadora que los gatos no comerían más lo que a casa se trújese. Yo estaba como una rabiosa, y queriendo ahogar al que tenía en las manos, dábale muy crueles puñadas, y decíale: «¡No comerás lo que yo tuviere!». Mi acreedor, viendo los gatos en tanto peligro de morir, vino a tener compasión dellos, por cuya causa me los pidió por muy gran merced. Respondíle: «Gentil cosa sería, habiendo merecido muerte, haberlos de perdonar; y él, tornándomelos a pedir, dijo: «Señora, démelos vuesa merced por quince días, y pasados yo los tornaré y los ayudaré amatar, en caso que no los quiera perdonar». Y diciendo esto me tomó el gato de la mano, fingiendo yo hacerle una poca de resistencia, y tomándole el otro a mi criada, se los da entrambos a un mozo que consigo traía, y mi criada préstale un costal en que los llevase a su casa. Díjele yo, cuando los metía en el costal: «Haced de manera que pasados los quince días se me tornen los gatos, que en todo caso querría que muriesen», y prometiéndome de hacerlo así, no me pidió los veinte ducados é hízome mil juramentos que pasados los quince días me los traía. Agora sus, has de saber que dende a diez días tornó a venir a pedirme los veinte ducados, y teniéndolos yo atados en un pañecico, meneándolos, dije que era contentísima de dárselos, pero que quería ante todas cosas mis gatos... «¿Qué

gatos? me respondió; luego se me fueron de casa por los tejados y nunca más los vi». Y como ya yo sabía que me decía verdad, que se le habían ido, levantóme de la silla donde estaba sentada, con gesto muy alterado le digo: «Haced que mis gatos vuelvan a mi poder si no queréis que os cuesten hasta más de los veinte ducados tiñosos. Los gatos son prometidos que se han de enviar a Berbería: vengan mis gatos en todas maneras, señor mío; hánseme de traer mis gatos». El cuitado estaba echado de pechos sobre la ventana, viendo que a los gritos que yo daba, estar toda la calle llena de gente, sin decir ni hablar palabras, como un hombre sabio, se vuelve por la escalera abajo. Díjele yo con no menos ira que hasta entonces: «los, pues, que vos me pagareis y repagaréis los gatos».

ANTONIA

Quiérote decir una cosa que se me ofrece.

LVCRECIA

Dímela.

ANTONIA

Digo que la astucia que en eso de los gatos tuviste, ha sido tan buena, que por ser tal te habían de perdonar cuantas traiciones has hecho en este mundo.

LVCRECIA

Eso créetelo tú.

ANTONIA

También creo que ofreciéndose en qué, pondrías tu ánimo contra una almendra.

LVCRECIA

No lo tendría en mucho; pero aunque te quiera contar otras mil cosas, tengo tan gran dolor de cabeza, que no habrá remedio de podértelas decir. Especialmente de cuando tenía a algunos escuchándome dos y tres horas, haciéndoles entender que salía el sol bailando la mañana de San Juan, y que la peña de Martos estaba en el aire como el zancarrón de Mahoma, y otras quinientas mentiras; pero duéleme tanto que apenas puedo echar la habla.

ANTONIA

Hácelo mi desgracia y no tu mal, por que no goce yo de oírte cosas tan graciosas.

LVCRECIA

Antonia, hermana, quiero que me digas tu parecer en tres palabras, según me lo prometiste, aunque harto más el mal me aqueja, no poderte contar de qué arte

reformaba y entretenía mis enamorados, que así como si yo hubiese perdido no sé qué, fingiendo caridad contra sus bolsas, no les consentía que se gastasen en banquetes, ni en vestidos, ni en máscaras, ni en otros gastos superfluos, y hacía yo porque los dineros estuviesen guardados para mis apetitos. Los majaderos alabábanme por mujer discreta y que procuraba por sus haciendas. Pero aquéjame tanto este dolor que quisiera como la vida poderte contar lo del pabellón sobre el cual al que me lo empeñó y a quien él dio el dinero y a dos que se hallaban presentes, hice estar cuatro días en la cárcel.

ANTONIA

Hazme agora tan gran merced que te esfuerzas a decírmelo, así goces de lo que más ames en este mundo.

LVCRECIA

Aconteció que a micer Antonio, caballero del Sumo Pontífice, le hurtaron un pabellón: no hay orden de poder acabarlo de decir, que me parten esta cabeza por medio: quedarse ha para otro día cuando nos topemos, con la del obispo que le hice salir en cueros una noche por cima de los tejados; pero ya no puedo hablar palabra.

ANTONIA

Maldito sea el diablo, que él lo ha hecho, por cortarnos el hilo de nuestra plática».

LVCRECIA

No te detengas en despacharme con tu respuesta, cata que me había ya ido, según me siento, si es por saber qué te ha parecido de estos mis hechos.

ANTONIA

Pues tomas a la promesa, qué te diría que me han parecido estas cosas y lo que dellas he colegido; digo que no lo puedo cumplir.

LVCRECIA

¿Por qué? Veamos.

ANTONIA

Porque en aquel punto le hiciera. Pues es cierto que nosotras las mujeres somos sabias de improviso, y de pensado no sabemos nada. Pero, en fin, daré mi parecer como mujer que sabe poco: tomarás de lo que te dijere las rosas, y deja estar las espinas.

LVCRECIA

Ea, pues, dilo.

ANTONIA

Digo que yo he estado muy atenta a lo que has dicho y mucho dello creo y algo dello dejo de creer.

LVCRECIA

¿Por qué?

ANTONIA

Porque hartas veces por hacer galán el razonamiento, se ponen algunas mentiras con las verdades juntamente.

LVCRECIA

Luego según esto, tiénesme por mentirosa.

ANTONIA

No por mentirosa, pero por algo desacordada en el habla; y concluyo por decirte que lo que de ti he conocido es que debes de estar mal, y querer peor a monjas y casadas; y no estás fuera de razón, porque yo te certifico que hay en estos dos estados mil pasiones y no saco de culpa las rameras.

LVCRECIA

No te podré responder porque estoy medrosa, que este dolor de cabeza no me salte en un catarro; por esto acaba ya; envíame de aquí.

ANTONIA

Mi parecer es que si tienes alguna hija la hagas de tu oficio al primer boleo, porque si la metes monja quebrantará la profesión, y si casada ha de despedazar el santo matrimonio; y siendo ramera no tiene cuenta con el monasterio ni con el marido; antes es como el soldado, que le dan dineros por que haga mal; y haciéndolo no piensa que lo hace, porque vende en su botica aquello que tiene para vender. Y el primer día que un mesonero pone tablilla para acoger huéspedes ha de suponer que en su mesón han de beber y comer, jugar y holgar, renegar y engañar, mentir y murmurar y decir locuras que ni fueron ni lo pensaron ser. Y el que en los tales mesones entrare a ayunar ó a rezar oraciones, no hallará en ellos altares ni cuaresma. Pues es cierto que los hortolanos se deleitan en ver ser huertas, los caballeros en ver sus caballos, falcones y jaeces; los marineros en sus navíos, los mercaderes en sus tratos y mercancías; las malas

mujeres en aluciarse el rostro, pelarse la frente, en mudarse las manos y en otras suciedades símiles. Y así los mesoneros en burlas, escándalos, deshonestidades, robos, latrocinios, odios, crueldades, muertes, burlas, traiciones, mala fama y pobreza. Pero porque el confesor es como el médico, que sana más agua el mal que está encima la mano que no el que está en las entrañas, que no lo ve ni atina cuál es; por tanto, toma tu hijuela y haz della lo que te he aconsejado; que todo lo hará una buena penitencia; porque, según lo que de tus palabras he comprendido, los vicios en una mala mujer son virtudes, y allende desto, es cosa hermosa ser de continuo llamada señora, y estar siempre en fiestas, banquetes, regocijos, máscaras y en bodas, en barcos y en huertas, y en veladas como tú has dicho de ti mesma, y como tú mejor sabes, lo que se gana y se adquiere con buen gobierno, especialmente haciendo caricias y favores donde con vienen y han de aprovechar.

LVCRECIA

Por cierto tú has hablado bien.

ANTONIA

Pues yo te aconsejo bien.

LVCRECIA

No quiero que del todo quede definida nuestra habla sino que en el mismo lugar nos tomemos a ver mañana; porque querría (si dello fueses muy contenta) que me contares alguna partecilla de tus aventuras, que aun a ti no quebró el diablo las manos para que en el tiempo que estuvieses para «lio, no hubieses hecho algo que de contar sea.

ANTONIA

Cuanto a lo primero yo holgaré de que mañana nos juntemos, y cada día, porque según el deseo que he tenido y tengo de verte en mil días que nos topemos, no me acabaré de satisfacer mayormente si piensas proseguir adelante en tus gracias y cuentos.

LVCRECIA

De los míos bastar debe lo dicho, aunque no pensé acabar tan ayna, si este negro dolor no me lo impidiera, que se me atreve cada día, como si hubiere ochenta años; que suelen decir cuando las mujeres llegan allá, son mesón de enfermedades.

ANTONIA

Desengáñate, hermana Lucrecia, que ya pasó ese tiempo, agora por nuestros pecados, de veinte años es una mujer vieja y desechada.

LVCRECIA

Más he yo de veinte y cuatro y ruin sea si por vieja me tengo, y pienso si no se me acaba la vida tan presto, en lo que me resta, dar otra vueltezuela al mundo.

ANTONIA

Tuviste tú en todo ventura. No me espanto que hagas eso, pero triste de la que en agraz se secó. Mas tendré paciencia como la tienen muchas que conozco y conoces, que de quince años están hechas unas manzanas, hermosas de fuera, blancas, rubias y coloradas, y de dentro no tiene tantas abejas una colmena cuanto ellas enfermedades encubiertas, y si no lo crees, sino mírame, ¿qué me falta a mí sino unas poquillas de carnes para que no se engañe quien quiera? y de dentro estoy cual Dios sabe, y tú no ignoras. Esto aparte que a lo que demás mandas que juntándonos en este lugar mañana te diga algunas cosillas de mi peregrinaje, soy contenta. Yo recogeré mi memoria esta noche, así por hacer lo que dices, como porque con más brevedad haya efeto tu deseo.

LVCRECIA

Cata que lo tengas bien estudiado, y no haya otra cosa.

ANTONIA

No habrá.

LVCRECIA

Porque de todas maneras quiero verte, no sea que te haya de descubrir mis secretos y te quedes riendo de mi, y yo sin saber de ti cosa ninguna.

ANTONIA

No será sino como lo has dicho.

LVCRECIA

Pues yo tendré especial cuidado en seguir tu consejo y en exceder en cosa.

Y dicho esto, dieron conclusión a su coloquio.

